

## Capítulo 1

# Raíces históricas y simbólicas del lancero

---

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287818361.01>

Luis Gabriel Moya Sáenz

**Resumen:** Ofrece un recorrido histórico y simbólico sobre la evolución del lancero como figura militar universal y como fundamento de la identidad del soldado colombiano. Se analiza la lanza como una de las armas más antiguas y su papel decisivo desde las civilizaciones sumeria, egipcia, china, persa, griega, romana y medieval, mostrando cómo fue símbolo de poder, disciplina y cohesión. El texto destaca la transición del lancero como guerrero primitivo a símbolo de liderazgo y doctrina, reflejando valores como la lealtad, el valor y el sacrificio. Finalmente, establece la conexión entre esas raíces históricas y la creación de la Escuela de Lanceros del Ejército Nacional de Colombia, heredera de esa tradición guerrera, donde la lanza representa la defensa de la patria, el honor militar y el espíritu de cuerpo que define a los soldados de élite.

**Palabras clave:** Lanza; historia; simbolismo; liderazgo; lanceros.

### Luis Gabriel Moya Sáenz

Profesional con estudios en Ciencias Militares, Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Magíster en Historia, en Inteligencia Estratégica, en Estrategia y Geopolítica, y es candidato a Doctor en Historia. A través de su labor investigativa ha contribuido a preservar la memoria institucional, reinterpretar los procesos que han consolidado a las Fuerzas Militares y a exaltar el legado del soldado como expresión de disciplina, honor y servicio en la construcción de la historia nacional. <https://orcid.org/0009-0000-3225-9576>  
Contacto: [LuisGabrielmoyasaenz@gmail.com](mailto:LuisGabrielmoyasaenz@gmail.com)

**Citación APA:** Moya Sáenz, L. G. (2025). Raíces históricas y simbólicas del lance-ro. En D. A. Gaitán Ruiz & N. F. Castellanos Caicedo (Eds.), *Escuela de Lanceros del Ejército Nacional de Colombia: 70 años de lealtad, valor y sacrificio* (pp. 17-62). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287818361.01>

### **ESCUELA DE LANCEROS DEL EJÉRCITO NACIONAL DE COLOMBIA: 70 AÑOS DE LEALTAD, VALOR Y SACRIFICIO**

ISBN impreso: 978-628-7818-35-4

ISBN digital: 978-628-7818-36-1

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287818361>

#### **Colección Seguridad y Defensa**

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2025



## Los lanceros en la historia militar universal

La lanza puede considerarse una de las armas más antiguas diseñadas por el ser humano. Su uso se remonta a épocas primitivas, a la consolidación del *homo sapiens* moderno, y desempeñó un papel fundamental tanto en la caza como en las guerras disputadas a lo largo de la historia. Por esta razón, la lanza es un elemento clave para comprender la evolución social, cultural y política de la humanidad.

La evidencia estratigráfica sugiere que herramientas similares a lanzas, fabricadas principalmente en piedra, ya eran utilizadas hace aproximadamente 250.000 años. Estas primitivas armas, probablemente, se empleaban en la caza de grandes animales, como los elefantes de colmillo recto, lo cual demuestra su efectividad y su importancia para la supervivencia de los grupos humanos de la época.

Con el desarrollo de la agricultura y la formación de los primeros centros urbanos, la lanza dejó de ser tan solo una herramienta para la obtención de alimentos y adquirió un rol militar decisivo. Su uso estratégico en los campos de batalla permitió a sociedades antiguas expandir los territorios bajo su control, defender recursos y crear estructuras políticas más complejas, gracias a lo cual se consolidó como un arma fundamental en la historia de la guerra durante milenios.

### Antigüedad

#### *Sumerios*

Los sumerios fueron una de las primeras grandes civilizaciones de la historia, desarrollada en la región de Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates, entre 4000 a. C. y 2000 a. C. Los sumerios se organizaron en ciudades-Estado independientes como Ur, Uruk, Lagash, Eridu y Kish, cada una con su propio gobierno, templos y ejército.

En esta civilización el uso de la lanza fue fundamental. Los *Lu-Geshshuker*, o *Lu-Geshgida*, representaban una de las primeras formas de infantería organizada armadas con lanzas largas en la historia militar. Esos guerreros estaban armados con la *shukergallum*, también llamada "aguja grande", una lanza diseñada para el combate en formación cerrada que permitía mantener a distancia al enemigo. La importancia de estos lanceros radicaba en que constituían la base de los ejércitos de las ciudades-Estado, al integrar tropas disciplinadas que podían combatir en bloque, lo cual anticipaba tácticas que siglos más tarde perfeccionarían los hoplitas griegos (Sumer to Sargon, s. f.).

Esta infantería no solo iba equipada con la lanza larga, sino también, con cascos de cobre de forma cónica, capas o faldas de lana y, en algunos casos, escudos rectangulares reforzados. En ciudades como Ur, los lanceros portaban capas de guerra con discos de cobre incrustados, lo que les permitía prescindir del escudo, mientras que en ciudades como Lagash los primeros rangos de la formación llevaban grandes escudos, detrás de los cuales se alineaban filas de hombres con lanzas erguidas. Estos factores muestran que cada ciudad-Estado imprimía un sello cultural y táctico en el modo de equipar a sus lanceros (Sumer to Sargon, s. f.).

Representaciones visuales como la Estela de los Buitres (ca. 2450 a. C.) muestran la existencia de estas formaciones compactas, en las que los escudos y lanzas aparecen organizados en filas rígidas, simbolizando la disciplina y el carácter colectivo del combate. Tal tipo de organización muestra que los sumerios ya comprendían el valor del trabajo en equipo en la guerra, no como una suma de guerreros individuales, sino como un verdadero cuerpo militar cohesionado. Así, los lanceros sumerios fueron no solo un componente militar decisivo, sino también un reflejo del proceso de centralización política y militar que caracterizó a las ciudades-Estado de Mesopotamia (Gutenberg, 2015; Oracc, s. f.).

### *Egipcios*

El Imperio egipcio, que nació a lo largo del valle del Nilo, es reconocido por su impresionante organización política, sus monumentos y su influencia duradera en la historia de la humanidad. Desde las primeras dinastías hasta el Imperio Nuevo, Egipto consolidó un sistema centralizado de gobierno bajo el faraón, considerado tanto líder político como figura divina (Gardiner, 1961; Shaw, 2003). La estabilidad proporcionada por el Nilo permitió grandes avances en agricultura, arquitectura, escritura y religión, lo que permitió el desarrollo de una sociedad compleja y altamente organizada (Wilkinson, 2010; Redford, 1992).

En el ámbito militar, el Imperio egipcio empleó diversas armas y estrategias para defender sus fronteras y expandir su territorio. Herramientas como la lanza, el arco y las primeras formas de carros de guerra jugaron un papel crucial en campañas militares y en la protección de los recursos del reino (Spalinger, 2005; Gardiner, 1961). La eficacia de sus ejércitos contribuyó a que Egipto se mantuviera como una de las civilizaciones más duraderas y poderosas del mundo antiguo, y que, además, influyera en regiones vecinas como Nubia y el Levante (Shaw, 2003; Wilkinson, 2010).

La lanza constituyó una de las armas fundamentales dentro del ejército egipcio, no solo por su simplicidad y bajo costo de producción, sino también por su eficacia durante los momentos clave en el campo de batalla. Desde el Reino Antiguo, la infantería egipcia se organizaba en formaciones cerradas de lanceros que, protegidos por escudos de madera con recubrimiento de cuero, creaban una línea defensiva capaz de frenar los embates enemigos y mantener la cohesión de su propio ejército (Shaw, 2003). La versatilidad de esta arma se expresaba en dos tipos principales: la lanza corta, o arrojadiza, utilizada como jabalina ligera para hostigar a distancia, y la lanza larga, o de empuje, de hasta 2,5 metros, destinada al combate cercano y a mantener a raya al adversario (Gardiner, 1961). Con la introducción de los carros de guerra durante el Segundo Periodo Intermedio, la lanza no perdió su relevancia, sino que complementó el poder ofensivo de los arqueros montados sirviendo como arma de apoyo en situaciones de combate directo (Spalinger, 2005).

Ejemplos claros de su importancia se evidencian en batallas como la de Megiddo (ca. 1457 a. C.), donde el faraón Tutmosis III empleó formaciones de infantería con lanzas para consolidar el cerco contra las fuerzas cananeas, y se aseguró así de que los carros egipcios y los arqueros pudieran maniobrar con libertad (Redford, 1992). De manera similar, en la célebre batalla de Kadesh (ca. 1274 a. C.), bajo el reinado de Ramsés II, los lanceros jugaron un papel decisivo en la contención de los carros hititas que irrumpieron en el campamento egipcio, y dieron tiempo a los suyos para reorganizar la defensa hasta la llegada de los refuerzos aliados (Spalinger, 2005). Los constantes enfrentamientos definieron la importancia de la lanza, pues servía no solo como arma básica de la infantería común, sino también como un recurso estratégico para sostener las líneas en medio del caos de la batalla y dar tiempo para que otras unidades más especializadas intervinieran.

Además de su papel táctico, la lanza tenía una carga simbólica muy importante, pues aparece representada en relieves y pinturas, asociada a la figura del faraón

como cazador y guerrero, vinculando la práctica militar con la tradición de la caza de animales salvajes; especialmente, hipopótamos y leones, símbolos del caos (Wilkinson, 2010). En este sentido, más allá de su función como herramienta bélica, la lanza encarnaba el poder del faraón para imponer orden sobre el desorden, y reforzaba, entonces, su papel como garante de la *Maat* (el equilibrio universal). Aunque armas como el arco y, más tarde, la espada curvada *khopesh* adquirieron gran importancia en el Imperio Nuevo, la lanza se mantuvo como el arma esencial de la infantería común, al asegurar la estabilidad del ejército en el cuerpo a cuerpo y constituirse en un elemento clave tanto en la estrategia militar como en la ideología del poder faraónico (Shaw, 2003; Spalinger, 2005).

### Chinos

El antiguo Imperio chino se desarrolló a través de una sucesión de dinastías que marcaron la construcción de un Estado altamente organizado y referente cultural en Asia oriental. Las primeras etapas abarcan las dinastías Xia, Shang y Zhou, consideradas pertenecientes al periodo formativo. Los Shang destacaron por el uso del bronce en armas y rituales, así como por el establecimiento de un sistema de escritura temprana. Los Zhou, por otro lado, legitimaron el poder imperial con el Mandato del Cielo, un principio político que justificaba el gobierno como un derecho divino, siempre y cuando el gobernante fuera justo y virtuoso (Fairbank & Goldman, 2006).

El momento decisivo llegó con la dinastía Qin (221 a. C.-206 a. C.), bajo el liderazgo de Qin Shi Huang, quien unificó los reinos combatientes y estableció la primera estructura imperial centralizada. Entre sus logros se encuentran la estandarización de medidas, monedas y escritura, así como el inicio de grandes proyectos arquitectónicos y militares, como la construcción de tramos iniciales de la Gran Muralla China. A nivel militar, los Qin desarrollaron un ejército disciplinado, con gran énfasis en la infantería armada con lanzas, ballestas y carros de guerra, lo que les dio ventaja sobre los reinos rivales (Keay, 2009).

Posteriormente, la dinastía Han (206 a. C.-220 d. C.) consolidó el modelo imperial fortaleciendo la burocracia basada en el confucianismo y expandiendo sus fronteras hacia el Asia Central. Esto abrió el comercio con Occidente a través de la Ruta de la Seda, lo que convirtió a China en un centro de intercambio económico y cultural. Militarmente, los Han perfeccionaron la organización del ejército recurriendo a la caballería y a armas como lanzas más largas y ballestas mejoradas, lo que les permitió resistir y contener las incursiones de los pueblos nómadas

*xiongnu* en el norte (Loewe & Shaughnessy, 1999). La lanza (*máo*, 矛) fue uno de los bastiones del armamento militar chino desde los albores de su civilización, y con el paso de los milenios se convirtió en el arma estándar de la infantería y la caballería. En la dinastía Shang (ca. 1600 a. C.-1046 a. C.), su uso estaba restringido principalmente a la nobleza guerrera y a los soldados que acompañaban a los carros de guerra. Las lanzas estaban hechas de bronce, con astas de madera cortas, y servían tanto para empuje como para lanzamiento. Durante este periodo inicial, más que un arma masiva, era un instrumento de élite; sin embargo, a partir de la dinastía Zhou (ca. 1046 a. C.-256 a. C.), la guerra se volvió cada vez más prolongada y generalizada entre Estados rivales, y la lanza comenzó a difundirse entre las filas de infantería. Su longitud aumentó cada vez más, lo cual permitió a los soldados mantener a distancia a los enemigos y organizarse en líneas defensivas robustas.

En la época de los Reinos Combatientes (475 a. C.-221 a. C.), el perfeccionamiento de la metalurgia del hierro transformó por completo la fabricación de la lanza: estas se hicieron más largas, resistentes y letales, capaces de atravesar todo tipo de corazas y escudos. En este contexto, se popularizó la pica (*chang máo*), que podía superar los 5 m de longitud. Su empleo fue revolucionario, pues permitió la aparición de formaciones compactas semejantes a falanges, auténticos muros de puntas que frenaban las cargas de caballería enemiga y garantizaban el control del frente de batalla (Yates, 2007). Con esto, la lanza dejó de ser un arma complementaria y se transformó en la columna vertebral de la infantería profesional, a menudo coordinada con tropas de ballesteros que hostigaban al adversario desde la distancia.

Bajo la dinastía Qin (221 a. C.-206 a. C.), el primer imperio unificado de China, la lanza adquirió un papel central dentro del ejército organizado bajo estricta disciplina. Los soldados eran entrenados para formar líneas cerradas de lanceros que protegían a los arqueros y ballesteros, y eran la fuerza de choque, mientras la caballería ligera y pesada utilizaba lanzas más largas para ejecutar cargas contra formaciones debilitadas. Ejemplos de esta táctica pueden observarse en la célebre batalla de Changping (260 a. C.), donde el Estado Qin derrotó a Zhao; aunque las fuentes destacan el uso de la estrategia de desgaste, los lanceros tuvieron un rol decisivo en el cierre de las formaciones y en la posterior masacre final de los enemigos rendidos (Lewis, 2007). Más adelante, en la dinastía Han (206 a. C.-220 d.C.), los lanceros se integraron en un ejército mucho más complejo, en el que las unidades combinaban caballería, infantería y armas de proyectiles. En campañas

contra los xiongnu y otros pueblos nómadas de la estepa, los lanceros cumplían una doble función: servir de núcleo defensivo para resistir cargas de caballería enemiga y mantener el orden en la línea mientras los ballesteros reducían las filas adversarias (Graff, 2002).

### *Persas*

El Imperio persa fue uno de los más grandes y poderosos de la Antigüedad. Se originó en el siglo VI a. C., con Ciro II el Grande, fundador de la dinastía aqueménida, quien unificó a los pueblos iraníes y conquistó grandes territorios desde el valle del Indo hasta el Mediterráneo. Su organización política estaba enmarcada por una centralización fuerte, dividida en satrapías (provincias) administradas por sátrapas; ello permitía controlar eficazmente regiones tan extensas y diversas. El Imperio persa se distinguió por su tolerancia religiosa y cultural, al permitir que distintos pueblos bajo su control conservaran sus propias tradiciones, siempre y cuando cumplieran con el tributo impuesto y reconocieran la autoridad persa. También fue notable su amplia red de caminos reales, la cual facilitaba la comunicación, el comercio y la movilización militar.

En relación con su poder militar, la lanza tuvo un papel clave en el sistema de combate persa porque encajaba perfectamente con su doctrina de armas combinadas: hostigamiento a distancia, contención frontal y maniobra de caballería. En la infantería de línea, la lanza permitía crear un frente estable que protegía a los arqueros, mientras que en la caballería proporcionaba potencia de choque en terreno abierto. Esta versatilidad explica que tanto unidades de élite como los contingentes provinciales la adoptaran en distintos tamaños y configuraciones (Briant, 2002; Kuhrt, 2007).

Entre los cuerpos más emblemáticos estuvieron los Inmortales, la guardia de 10.000 hombres del Gran Rey. Además del arco, portaban lanzas de empuje relativamente cortas, rematadas en el talón por un pomo que tenía forma de granada (o "manzana", en la tradición griega), hecha de plata u oro, según el rango, y que servía como contrapeso y marcador de estatus. Esta lanza tenía un doble papel: arma funcional en el combate cerrado y símbolo de autoridad que distinguía a la guardia en desfiles y servicio palaciego (Heródoto, *Historias*, VII.83; Briant, 2002). La iconografía de Persépolis refuerza esa lectura: guardias portando lanzas erigidas, en postura de disciplina y vigilancia, articulan un lenguaje visual de orden imperial (Kuhrt, 2007).

En la infantería regular, la lanza se integraba en arreglos tácticos mixtos, conocidos en la bibliografía moderna como *sparabara*: una primera fila con grandes escudos hechos de mimbre (*spara*) y lanzas para el empuje y la contención, y filas posteriores de arqueros que batían al enemigo desde la cobertura del "muro" de escudos. Este diseño explotaba el arma no como instrumento de choque decisivo, al estilo hoplita griego, sino como soporte estructural del frente, manteniendo la distancia y absorbiendo el impacto inicial, para que el fuego de proyectiles hiciera el trabajo (Sekunda, 1992; Briant, 2002). En llanuras amplias (el teatro favorito del ejército persa), esa sinergia resultaba sobremedida eficaz.

La caballería persa llevó la lanza a otro nivel. La nobleza persa y meda usaba lanzas largas de empuje en cargas destinadas a romper y desorganizar formaciones enemigas ya debilitadas por los proyectiles. Aunque el *kontos* (la gran lanza para empuñar a dos manos) se asocia, sobre todo, con los partos y, después, con los sasánidas, ya en época aqueménida se documenta el uso de lanzas largas por jinetes selectos, premisa del desarrollo posterior de la caballería pesada irano-iraní (Sekunda, 1992; Briant, 2002). En términos doctrinales, la idea era clara: fijar con infantería y arqueros; golpear con lanza desde la caballería en los puntos de crisis.

En combates concretos, la eficacia del arma (o sus límites) se ven con claridad. En Maratón y Platea, las lanzas persas, más cortas y usadas tras un frente de arqueros y escudos de mimbre, no pudieron imponerse al empuje concentrado de la lanza hoplita dentro de formaciones pesadas y altamente cohesionadas; la diferencia era no solo tecnológica, sino organizacional (Briant, 2002; Kuhrt, 2007). En cambio, en escenarios del interior asiático y en campañas contra rivales menos densamente acorazados, la combinación de fuego, arco y carga de lanza de la caballería persa resultó ser devastadora. Ya en Gaugamela (331 a. C.), la caballería de Darío III (armada con lanzas) intentó reiteradamente abrir brechas en los flancos macedonios; el fracaso allí se debió más a la superior coordinación macedonia (falange de *sarisas* + caballería de choque) que a una deficiencia intrínseca de la lanza persa (Briant, 2002).

En el plano material y técnico, las puntas evolucionaron de bronce a hierro, lo que mejoró resistencia y penetración; los astiles de madera dura se adaptaban a la función (más cortos y manejables en guardia e infantería compacta; más largos, para la caballería de choque). El pomo terminal —granada o "manzana"— hacía algo más que equilibrar: protegía la culata del astil, ayudaba a plantar el arma en el suelo para resistir empujes y servía como insignia jerárquica en unidades selectas

(Heródoto, VII.83; Kuhrt, 2007). Esa estandarización, apoyada en la logística satrapal, permitió dotar de lanzas a contingentes heterogéneos sin perder coherencia táctica (Briant, 2002).

En términos culturales, la lanza condensó la ideología del orden. En un imperio que gobernaba la diversidad mediante rituales cortesanos y jerarquías visibles, el gesto del guardián con lanza (recta, inmóvil, exacta) comunicaba disciplina, vigilancia y continuidad del poder. El adorno en forma de granada enlazaba, además, con símbolos de fertilidad y prosperidad, y así inscribía el arma en el discurso de legitimidad de los reyes aqueménidas: proteger para que el mundo florezca (Kuhrt, 2007).

### *Macedonios*

El Imperio macedónico surgió en el siglo IV a. C., bajo el liderazgo de Filipo II de Macedonia, quien logró convertir un pequeño reino del norte griego en una potencia militar de alcance continental. Su principal innovación se basó en reorganizar el ejército mediante la creación de la falange macedónica, caracterizada por el uso de la *sarisa*, una lanza mucho más larga que la utilizada por los hoplitas griegos tradicionales. Gracias a estas reformas militares, Macedonia adquirió una ventaja táctica decisiva frente a sus adversarios, y sentó las bases de la expansión posterior llevada a cabo por su hijo Alejandro Magno (Fuller, 1960).

Alejandro III, conocido como Alejandro Magno, llevó al Imperio macedónico a su máxima expansión. En apenas una década conquistó territorios que incluían al Imperio persa aqueménida, Egipto, Mesopotamia y regiones del noroeste de la India, gracias a lo cual conformó el imperio más extenso conocido hasta ese momento. Sin embargo, tras su muerte, en 323 a. C., sin dejar un heredero claro, el imperio se fragmentó rápidamente. Sus generales, llamados los diádocos, se enfrentaron entre sí hasta dividir el territorio en varios reinos helenísticos, entre los que destacaron el Egipto ptolemaico, el Imperio seléucida y la Macedonia antigónida (Engels, 1978).

Los éxitos militares de Macedonia no fueron cuestión de suerte, sino que se debieron al uso de armas como la *Sarisa*. Esta lanza, que alcanzaba longitudes superiores a los 5 m, permitía que varias filas de soldados pudieran atacar simultáneamente, creando un muro ofensivo prácticamente impenetrable. Frente a los ejércitos enemigos, que disponían de lanzas más cortas o de espadas, los macedonios tenían la capacidad para infligir daño desde mayor distancia, lo que incrementaba su poder de choque y generaba una fuerte intimidación psicológica en el adversario (Sekunda, 1984). El uso de la *sarisa* supuso, además, un cambio en

la dinámica del combate antiguo. Mientras que el *dory* griego o las lanzas persas podían manejarse de forma más individual, la *sarisa* solo desplegaba su verdadero potencial en una formación cerrada. Esto implicaba un alto grado de disciplina, coordinación y cohesión dentro de la falange. Cada soldado debía mantener su posición exacta y confiar en las capacidades de sus compañeros, de manera que el arma no solo se convirtió en un recurso técnico, sino también en un símbolo de organización y lealtad colectiva (Engels, 1978).

La falange macedónica, equipada con *sarisas*, demostró ser tanto ofensiva como defensiva. En el avance, las primeras filas empujaban con las lanzas, mientras las siguientes reforzaban la presión, para asegurar la continuidad del movimiento y evitar rupturas serias en la línea. En defensa, la longitud de las *sarisas* hacía prácticamente imposible que la caballería enemiga cargara directamente, pues los caballos se rehusaban a embestir contra un frente erizado de puntas (Fuller, 1960). Así, la falange se convirtió en una formación sumamente versátil que podía adaptarse a distintas situaciones de combate.

La efectividad de la falange macedónica se evidenció en las grandes batallas de Alejandro Magno. En Issos (333 a. C.), la falange mantuvo firme el centro frente al ejército persa, y así permitió que Alejandro liderara a la caballería de Compañeros para ejecutar el golpe decisivo. En Gaugamela (331 a. C.), ocurrió algo similar: la falange, con sus *sarisas*, resistió incluso el embate de los carros de guerra, lo cual facilitó la maniobra envolvente que condujo a la victoria. En ambos casos, la falange fue no solo una herramienta ofensiva, sino la columna vertebral que proporcionó estabilidad y tiempo para ejecutar las estrategias más complejas (Engels, 1978).

## Griegos

La civilización griega se desarrolló en la península balcánica, las islas del mar Egeo y la costa de Asia Menor entre los siglos VIII a. C. y II a. C. Se caracterizó por su organización en polis (ciudades-Estado) como Atenas, Esparta, Tebas y Corinto, cada una con su propio sistema político, militar y cultural. Atenas destacó por su democracia y su liderazgo en la filosofía, el arte y la ciencia, mientras que Esparta fue reconocida por su sistema militarista y disciplina social (Cartledge, 2009).

A lo largo de su historia, Grecia debió enfrentar luchas internas entre las polis y luchas externas con otras potencias, pero siempre resaltó el uso de la falange hoplítica. Esta fue la base del poder militar de la Grecia clásica y representó una transformación radical en la manera de concebir la guerra. Su origen se puede

rastrear al período arcaico (siglo VIII a. C.-VII a. C.), cuando los griegos dejaron atrás la guerra heroica de inspiración homérica y adoptaron un sistema de combate colectivo que dependía más de la disciplina que del valor individual. La falange estaba integrada por hoplitas, ciudadanos-soldados armados con un gran escudo redondo (*hoplon*), una lanza larga (*dory*) y una coraza metálica. La formación consistía en columnas compactas de entre ocho y doce filas de combatientes que avanzaban en bloque, hombro con hombro, para mostrar al enemigo una muralla de escudos y un bosque de lanzas. Esta táctica reforzaba la interdependencia: el escudo de cada hoplita cubría parte del cuerpo del compañero de la izquierda, de modo que la cohesión del grupo era fundamental para la supervivencia.

El papel central de la lanza fue decisivo en la efectividad de la falange. El *dory* tenía un largo de entre 2 m y 3 m, permitía atacar desde cierta distancia y, gracias a su doble punta, podía usarse tanto en ofensiva como en defensa. Las primeras filas fijaban sus lanzas hacia delante, mientras que las posteriores las alzaban en ángulo, y así creaban un impenetrable frente de puntas que disuadía cualquier carga enemiga. Este despliegue convertía a la falange en un arma colectiva de choque, cuyo éxito se basaba en la fuerza del conjunto más que en la destreza individual. La táctica se resumía en el *othismos*, un empuje constante y coordinado contra el enemigo, en el que la disciplina era vital: una ruptura en la línea podía significar la derrota inmediata.

Un ejemplo notable de la eficacia de la falange fue la batalla de Maratón en el 490 a. C., donde los atenienses enfrentaron a las fuerzas persas. Pese a estar en inferioridad numérica, los hoplitas formaron en falange y cargaron contra el enemigo en una acción decisiva. La solidez de la formación, sumada a la potencia de las lanzas, permitió a los griegos romper las líneas persas y obtener una victoria inesperada. Este episodio no solo demostró la superioridad táctica de la falange sobre ejércitos menos cohesionados, sino que también consolidó la idea de que la disciplina y la cooperación ciudadana podían superar a un poder imperial aparentemente invencible (Hanson, 2000).

La experiencia de los 300 espartanos liderados por el rey Leónidas en las Termópilas (480 a. C.) representa otro de los momentos más emblemáticos de la falange hoplítica y del valor que siempre han mostrado los portadores de lanzas. Frente al avance del gigantesco ejército persa de Jerjes, los espartanos, junto con otros aliados griegos, se apostaron en el estrecho paso montañoso de las Termópilas. Allí, la falange espartana mostró su máximo potencial: la estrechez del terreno neutralizó la superioridad numérica persa, y el muro de escudos y lanzas

resistió durante tres días embestidas constantes. Aunque finalmente fueron derrotados, debido a una traición que permitió a los persas rodearlos, la resistencia de Leónidas y sus hombres se convirtió en símbolo de disciplina, sacrificio y lealtad. Su acción retrasó el avance enemigo y dio tiempo a que el resto de Grecia organizara su defensa, lo cual demostró que la fuerza de la falange estaba no solo en lo táctico, sino también en lo moral y lo político (Cartledge, 2004; Lazenby, 1993).

La falange no solo tuvo implicaciones en las constantes victorias griegas: además, fue un reflejo de los valores sociales y políticos de la polis griega. Al estar compuesta por ciudadanos libres que costeaban su propio equipo, simbolizaba la igualdad y la responsabilidad cívica. La victoria dependía de la solidaridad entre los hoplitas, lo que reforzaba la noción de comunidad y la identidad compartida dentro de la ciudad-estado.

### Romanos

La República Romana (509 a. C. -27 a. C.) nació tras la expulsión de los reyes etruscos. Su sistema político combinaba el poder del Senado, los magistrados y las asambleas populares, aunque la élite patricia conservaba gran influencia. Durante este periodo Roma pasó de ser una ciudad-Estado a una potencia mediterránea, gracias a conquistas como las Guerras púnicas contra Cartago. Sin embargo, el aumento de la desigualdad social y las luchas internas entre líderes como Mario, Sila, Pompeyo y Julio César llevaron a una serie de guerras civiles que dieron al traste con la república (Scarre, 1995).

El Imperio romano se inició en 27 a. C., bajo la figura de Octavio Augusto, quien consolidó un sistema político en el que, si bien sobrevivían instituciones republicanas, el poder real residía en el emperador. Bajo su mandato, comenzó la *Pax Romana*, una época de estabilidad, expansión territorial y florecimiento cultural. El imperio alcanzó su máxima extensión en el siglo II, pero a partir del siglo III enfrentó crisis económicas, militares e invasiones bárbaras. Finalmente, se dividió en 395, y el Imperio de occidente cayó en 476, mientras que el Imperio bizantino, en el oriente, perduró hasta 1453 (Heather, 2006; Goldsworthy, 2003).

En los primeros tiempos de Roma, cuando el ejército aún se organizaba siguiendo el modelo de la falange hoplítica griega, la *hasta* era la lanza principal de combate. Portada por los *triarii*, o veteranos de las legiones, su función era resistir y mantener la última línea defensiva. La batalla del Lago Regilo (499 a. C.), uno de los primeros grandes enfrentamientos de Roma, mostró cómo la disciplina en la formación y el uso de lanzas largas permitían contener las embestidas de los

latinos y asegurar el dominio romano en el Lacio. La *hasta*, en este sentido, representaba la inquebrantable resistencia del ejército romano en su etapa fundacional (Bishop & Coulston, 2006).

Con la evolución del ejército durante la República media, Roma introdujo una innovación que cambiaría el curso de la guerra: el *pilum*. Esta lanza arrojadiza no estaba destinada para un uso prolongado, sino para inutilizar los escudos enemigos y romper la cohesión de sus formaciones. Un ejemplo decisivo de su eficacia se dio en la batalla de Pidna (168 a. C.), durante la tercera guerra Macedónica. Los macedonios confiaban en su falange cerrada, armada con *sarisas*, pero los romanos lanzaron una lluvia de *pila* que destruyó los escudos macedónicos y abrió huecos en sus filas. Esto permitió que los legionarios penetraran en la formación enemiga, destruyeran una de las tácticas más temidas de la Antigüedad y asegurasen la supremacía romana sobre Macedonia (Goldsworthy, 2003).

El *pilum* también fue decisivo durante las guerras contra Cartago. En la segunda guerra Púnica, pese a las derrotas iniciales frente a Aníbal, los romanos lograron reorganizarse y aplicar mejor sus tácticas. En la batalla de Zama (202 a. C.), Escipión el Africano utilizó con gran efectividad los *pila* contra las cargas de elefantes y de la infantería de los cartagineses. Los paquidermos, desorientados después de que los alcanzaron las lanzas, se volvieron contra sus propias filas, mientras los legionarios mantenían la disciplina y lanzaban nuevas descargas que abrieron paso al combate cuerpo a cuerpo, y aseguraron así la victoria decisiva sobre Cartago (Lazenby, 1996).

Durante las campañas en la Galia llevadas a cabo por Julio César entre 58 a. C. y 50 a. C. mostraron nuevamente el valor del *pilum* como arma fundamental en la estrategia romana. Los galos, conocidos por su bravura y ataques masivos, se vieron repetidamente frustrados cuando sus cargas eran detenidas por descargas de *pila* que destruían sus escudos y reducían la efectividad de sus ofensivas. La batalla de Alesia (52 a. C.) es uno de los ejemplos más claros: cuando las fuerzas de Vercingétorix intentaron romper el cerco romano, fueron repelidas gracias a las formaciones disciplinadas y al uso intensivo del *pilum*, que redujo la presión enemiga y permitió a César mantener el control de la situación hasta lograr la rendición gala (Keppie, 1998).

Incluso en épocas posteriores, el uso de lanzas continuó siendo esencial. Durante el Imperio romano, además del *pilum*, aparecieron variantes como la *plumbata*, un dardo arrojadizo con cabeza de plomo, y las lanzas largas utilizadas por la caballería auxiliar. En la batalla de Estrasburgo (357), las tropas romanas,

bajo el mando de Juliano el Apóstata, enfrentaron a los alamanes. Antes del choque, las descargas de pila y dardos desorganizaron a las fuerzas bárbaras, lo que permitió a la infantería romana mantener la cohesión y lograr la victoria, a pesar de la inferioridad numérica (Southern & Dixon, 1996).

### *Celtas y galos*

Los celtas fueron un conjunto de pueblos indoeuropeos que se expandieron por gran parte del continente europeo entre la Edad del Hierro y la Antigüedad. No formaron un imperio unificado, sino una red de tribus con lenguas, creencias y costumbres comunes. Se establecieron desde la península ibérica hasta el Asia Menor (donde surgieron los gálatas), y pasaron, incluso, por las islas británicas y la Galia. Su sociedad estaba organizada en clanes y tribus gobernados por reyes o caudillos, mientras que los *druidas* cumplían un papel central como sacerdotes, jueces y guardianes de la tradición oral (Green, 1995).

Los galos eran el grupo celta asentado en la región que los romanos llamaron Galia, la cual corresponde, aproximadamente, a las actuales Francia, Bélgica, Suiza y parte del norte de Italia. Eran pueblos guerreros, conocidos por su ferocidad en batalla, su caballería y el uso de armas como espadas largas y lanzas. En 390 a. C., los galos, dirigidos por Breno, lograron una de sus mayores victorias al saquear Roma tras la batalla de Alia, lo que dejó una huella profunda en la memoria romana (Rankin, 1987).

Con el tiempo, los galos se convirtieron en uno de los principales rivales del Imperio romano. Durante el siglo I a. C., Julio César emprendió la guerra de las Galias (58 a. C.-50 a. C.), una serie de campañas en las que Roma conquistó definitivamente el territorio galo. El episodio más famoso fue el asedio de Alesia (52 a. C.), donde César derrotó a Vercingétorix, caudillo de la tribu arverna, lo cual consolidó el dominio romano sobre la región. A partir de entonces, la Galia se integró en el imperio, y adoptó progresivamente la lengua latina, el derecho romano y nuevas formas de organización, aunque mantuvo durante siglos elementos de su cultura celta (Goldsworthy, 2007).

Ahora bien, ni el ejército celta ni, en particular, el galo eran ejércitos profesionales, como el romano, sino una suma de tribus que se reunían bajo la dirección de un caudillo en tiempos de guerra. Sin embargo, su armamento era eficaz y variado, y entre sus armas destacaba la lanza. Los celtas fabricaban lanzas con astas de madera y puntas metálicas, de tamaños diferentes según su función: las más ligeras eran lanzadas como proyectiles al inicio del combate, mientras que las más

largas servían para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Su uso se complementaba con el escudo ovalado, que ofrecía protección en el choque directo. Esta versatilidad convirtió a la lanza en el arma más extendida y representativa de los guerreros celtas (Green, 1995).

En la batalla de Alia (390 a. C.), los galos, liderados por Breno, sorprendieron al ejército romano. Tras una descarga inicial de lanzas y jabalinas que desordenó las líneas enemigas, las cargas masivas de la infantería gala rompieron las formaciones romanas, lo cual les permitió la entrada a Roma, que fue saqueada. Este episodio marcó profundamente a los romanos, quienes desde entonces temieron el ímpetu de los galos y buscaron reorganizar sus propias tácticas militares (Rankin, 1987).

Durante la expansión romana, los galos volvieron a demostrar el papel central de la lanza en sus combates. En la batalla de Telamón (225 a. C.), un enorme ejército galo invadió Italia. Allí, las tribus emplearon descargas de lanzas antes de enfrentarse directamente con las legiones romanas. Aunque al inicio los romanos se vieron desbordados, la llegada de refuerzos y la disciplina legionaria permitieron una victoria romana decisiva, evidencia de que el armamento galo podía ser devastador, pero sus operarios carecían de la organización estratégica de Roma (Goldsworthy, 2007).

Un ejemplo aún más claro se dio en la guerra de las Galias (58-50 a. C.), relatada por Julio César. En la batalla de Gergovia (52 a. C.), las tribus galas lanzaron repetidas descargas de lanzas y proyectiles desde posiciones elevadas, y lograron frenar y causar numerosas bajas en el ejército romano. Aunque César finalmente se impuso en otras campañas, este enfrentamiento evidenció la efectividad del uso masivo de lanzas en situaciones defensivas. De igual modo, en el asedio de Alesia (52 a. C.), los galos emplearon lanzas contra las fortificaciones y murallas construidas por los romanos, intentando abrir brechas en las defensas. A pesar de su resistencia, acabaron derrotados gracias a la disciplina y la superioridad táctica de las legiones (Goldsworthy, 2007).

Incluso en el ámbito de la caballería, los galos destacaron por el uso de lanzas largas. En la batalla de Sentino (295 a. C.), parte de la llamada "guerra samnita", los galos, aliados con samnitas y umbros, desplegaron una poderosa caballería armada con lanzas. Sus cargas iniciales provocaron gran presión en las líneas romanas, y solo la tenacidad de la infantería legionaria logró revertir la situación y obtener la victoria. Esta batalla mostró la potencia del armamento galo; especialmente, de su caballería, que sería muy valorada por Roma en tiempos posteriores como tropas auxiliares (Keppie, 1998).

## Edad Media

### *Imperio bizantino*

El Imperio bizantino, también conocido como Imperio romano de Oriente, surgió en 330, cuando el emperador Constantino I trasladó la capital del Imperio romano a Bizancio, ciudad que pasó a llamarse Constantinopla. Tras la caída del Imperio romano de Occidente, en 476, Bizancio se consolidó como el heredero directo de la tradición romana preservando su administración, leyes y cultura. Fue un imperio cristiano, de fuerte carácter ortodoxo, que logró resistir durante siglos, gracias a su posición estratégica entre Europa y Asia, que lo convirtió en un centro de comercio, cultura y poder militar (Norwich, 1997).

Ahora bien, el ejército bizantino fue uno de los cuerpos militares más sofisticados de la Edad Media, heredero directo del ejército romano, pero adaptado a las condiciones cambiantes de su tiempo. Su longevidad, desde el siglo IV hasta la caída de Constantinopla, en 1453, se debió, en gran parte, a su capacidad para la innovación y para la integración de influencias tanto orientales como occidentales. A diferencia de otros ejércitos medievales, que dependían únicamente del feudalismo o de tropas mercenarias, los bizantinos mantuvieron un sistema regular de reclutamiento y entrenamiento profesional, lo que les permitió desarrollar tácticas flexibles y efectivas. Dentro de este marco, la lanza se consolidó como una de las armas más emblemáticas y decisivas, tanto para la infantería como para la caballería (Haldon, 1999).

En el caso de la infantería, los soldados conocidos como *skutatoi* eran los herederos de los legionarios romanos, aunque con adaptaciones a las nuevas necesidades del campo de batalla. Estos combatientes portaban grandes escudos ovalados o rectangulares, espadas cortas y, sobre todo, lanzas largas, denominadas *kontaria*, que oscilaban entre los 2,5 m y los 3 m de longitud. Su función principal era mantener formaciones cerradas y compactas, capaces de detener cargas de caballería enemiga y de sostener una línea defensiva sólida. En muchas ocasiones, la primera fila de soldados mantenía las lanzas, con firmeza, hacia delante, mientras las filas posteriores las inclinaban en ángulos diferentes, formando una especie de erizo defensivo que dificultaba cualquier avance frontal (Dennis, 1984).

Junto a la infantería pesada, había tropas de infantería ligera que también utilizaban lanzas, aunque más cortas, diseñadas tanto para el combate cercano como para ser arrojadas antes del choque. Estas lanzas arrojadas, conocidas como *akontia*, eran útiles para hostigar a los enemigos y desorganizar sus filas antes del

enfrentamiento directo. La combinación de infantería pesada, con lanzas largas, y ligera, con lanzas cortas o jabalinas, permitía al ejército bizantino adaptarse a diferentes escenarios, desde la defensa de murallas hasta batallas campales en terreno abierto (Treadgold, 1995).

La caballería, sin embargo, representaba el núcleo del poder militar bizantino, y dentro de ella la lanza adquirió un papel aún más determinante. Los *kataphraktoi*, caballeros fuertemente acorazados, eran la unidad más temida del ejército. Armados con largas lanzas de carga (denominadas también *kontos*), ejecutaban ataques en formación cerrada, en los que el choque de sus lanzas podía romper líneas enemigas en cuestión de segundos. Estas cargas eran especialmente devastadoras cuando se coordinaban con maniobras de infantería generando un efecto de pinza. A diferencia de otros ejércitos medievales de Occidente, los que la caballería tendía a combatir de manera más individualizada, en Bizancio se privilegiaban la disciplina táctica y el combate en formación, lo que potenciaba la efectividad de la lanza como arma de impacto colectivo (Nicolle, 1992).

Además de su función ofensiva, las lanzas en la caballería bizantina también podían emplearse en combate prolongado. Tras la primera carga, los jinetes podían usar la lanza para mantener a distancia al enemigo, y en caso de que el arma se llegara a romper, recurrían a espadas o mazas. El uso de la lanza era acompañado de un entrenamiento exhaustivo en maniobras ecuestres, lo que permitía a los jinetes bizantinos ejecutar cargas rápidas, retiradas simuladas y reorganizaciones en plena batalla. Este dominio táctico hacía que la caballería bizantina fuera considerada una de las más poderosas de su tiempo (Haldon, 1999).

El papel de la lanza en el ejército bizantino también se puede entender dentro del contexto simbólico y cultural. La lanza era no solo un arma de guerra, sino también un símbolo de autoridad y de la defensa del Imperio cristiano. En representaciones artísticas y crónicas, los emperadores bizantinos aparecen con lanzas en ceremonias militares, como muestra de su liderazgo y capacidad para proteger al pueblo y la fe ortodoxa. Este aspecto refuerza la idea de que la lanza, más allá de su función práctica en la guerra, estaba cargada de un profundo valor simbólico y político (Kazhdan, 1991).

### *Imperio carolingio*

El Imperio carolingio fue un reino medieval que alcanzó su máximo esplendor en el siglo VIII, bajo el reinado de Carlomagno (768-814). Los carolingios surgieron tras el debilitamiento del Imperio merovingio, cuando la familia carolingia, originaria

de los mayordomos de palacio, asumió el poder con Pipino el Breve y consolidó un nuevo orden político en Europa occidental. Carlomagno expandió sus dominios mediante campañas militares contra lombardos, sajones, musulmanes y otros pueblos, y así formó un vasto imperio que abarcaba gran parte de la actual Francia, Alemania, Italia y territorios vecinos. En 800, fue coronado por el papa León III como Emperador de los Romanos, lo que simbolizó la unión entre la tradición romana, la cristiandad y la herencia germánica (Collins, 1998).

El imperio se sostuvo en una administración relativamente centralizada, apoyada en condes y marqueses que gobernaban regiones a nombre del emperador, y en un estrecho vínculo con la Iglesia, que legitimaba su autoridad. Tras la muerte de Carlomagno, el imperio pasó a manos de su hijo Luis el Piadoso, y posteriormente se dividió entre sus nietos, con el Tratado de Verdún (843), por lo cual se fragmentó en reinos que darían origen a Francia y al Sacro Imperio Romano Germánico.

El ejército del Imperio carolingio, desarrollado principalmente en los siglos VIII y IX bajo el liderazgo de Carlomagno y sus sucesores, se caracterizó por una organización militar basada en el sistema feudal naciente, donde los hombres libres y los nobles tenían la obligación de acudir al llamado del monarca con armas y caballos. Dentro de este marco, la lanza se convirtió en el arma más importante y más ampliamente utilizada, tanto en la infantería como en la caballería. Su versatilidad como arma ofensiva y defensiva la hizo indispensable en las campañas carolingias contra sajones, lombardos, musulmanes y pueblos eslavos (Contamine, 1984).

En la infantería, la lanza era el arma básica de los campesinos libres que formaban la masa de los ejércitos carolingios. Estos combatientes portaban lanzas de tamaño medio, de entre 2 m y 2,5 m, que podían usarse tanto para el combate cuerpo a cuerpo como para ser arrojadas al inicio de la batalla, con un estilo similar al de la antigua francisca (hacha arrojadiza franca). La lanza les permitía a las tropas carolingias mantener cierta distancia frente a enemigos mejor armados y organizarse en formaciones cerradas de defensa. Aunque la infantería carolingia no alcanzó el nivel táctico de la falange bizantina o la legión romana, el uso de la lanza le proporcionaba cohesión y capacidad de resistencia frente a cargas de caballería enemiga (Fouracre, 2005).

Sin embargo, el verdadero protagonismo de la lanza se dio en la caballería carolingia, que se convirtió en la élite militar del imperio. Los nobles y caballeros carolingios empleaban largas lanzas (de más de 3 m) que inicialmente se sostenían por encima del hombro, para embestir al enemigo, y que con el tiempo

evolucionarían hacia la técnica de la lanza en ristre, característica de la caballería pesada medieval. Estas cargas de caballería con lanzas en formación cerrada se volvieron decisivas en las campañas de Carlomagno, pues permitían romper formaciones enemigas y generar un gran impacto psicológico en el campo de batalla (Verbruggen, 1997).

El uso de la lanza en la caballería también implicaba un cambio cultural y militar en Europa. Mientras que en épocas anteriores la caballería había jugado un papel más complementario, en el ejército carolingio empezó a convertirse en el centro del poder militar. El caballero armado con lanza y protegido por cota de malla se transformó en el modelo ideal de combatiente, y dio origen a la caballería feudal de los siglos posteriores. En este sentido, la lanza fue no solo un arma funcional, sino también un símbolo de estatus y poder, vinculada al sistema feudal que se consolidaría tras la desintegración del imperio (Nelson, 2019).

### *Sacro Imperio Romano Germánico*

El Sacro Imperio Romano Germánico, fundado en 962 con la coronación de Otón I, se caracterizó por ser un mosaico político y territorial donde el poder militar estaba descentralizado. A diferencia de imperios con un poder central más fuerte, como el bizantino, el sacro emperador no disponía de un ejército permanente y unificado, sino que dependía de los contingentes militares que aportaban los príncipes, duques, obispos y ciudades imperiales. Esta diversidad estructural hizo que el ejército imperial fuera heterogéneo en su organización y en su armamento. Sin embargo, un elemento común en todas sus etapas históricas fue el protagonismo de la lanza (y posteriormente, de la pica) como arma principal en la caballería y la infantería. La lanza, por su simplicidad, eficacia y adaptabilidad, acompañó al ejército imperial desde la Edad Media hasta bien entrado el Renacimiento.

Durante la Alta y la Plena Edad Media, el ejército del Sacro Imperio Romano Germánico estuvo dominado principalmente por la caballería feudal, compuesta por nobles y caballeros que acudían al llamado del emperador mediante el sistema del *Heerbann*, la obligación militar de los hombres libres. El arma principal de estos caballeros era la lanza de caballería, de entre 3 m y 4 m de longitud, fabricada en madera resistente y terminada en punta metálica. En los primeros siglos, la lanza era usada por encima del hombro, para embestir al enemigo, pero hacia el siglo XI se consolidó el uso de la lanza en ristre; es decir, sostenida bajo el brazo, lo que permitía transferir al impacto el peso del caballo y el del jinete.

Las cargas de caballería con lanzas en formación cerrada se convirtieron en la táctica principal de la nobleza imperial. Este tipo de combate tenía una función no solo militar, sino también social y simbólica. La lanza era un símbolo de estatus y caballería, que representaba la capacidad de un noble para mantener un caballo, una armadura y un séquito militar. En torneos y justas, las lanzas se usaban como armas rituales que reforzaban el prestigio caballeresco. En el campo de batalla, sin embargo, podían decidir el resultado de una contienda, como ocurrió en campañas imperiales contra eslavos y húngaros, o en Italia, contra los normandos y lombardos (Verbruggen, 1997).

Aunque la caballería era la élite militar, la infantería también desempeñaba un papel clave; especialmente, en la defensa de ciudades y en batallas campales donde se requería sostener posiciones. Los soldados de infantería portaban lanzas más cortas, de entre 2 m y 2,5 m, que podían emplearse tanto en combate cuerpo a cuerpo como en lanzamiento. Estas formaciones de lanceros eran esenciales para resistir las cargas de caballería enemiga, ya que podían alinear sus armas en ángulo para crear una barrera de puntas. En algunas ocasiones, la infantería germánica adoptó tácticas similares a las de los escudos murales anglosajones, en las que la lanza se complementaba con un gran escudo.

A finales del siglo XV, el ejército del Sacro Imperio Romano Germánico experimentó una transformación decisiva, con la creación de los lansquenetes, una infantería mercenaria reclutada principalmente en los territorios alemanes. Estos soldados se convirtieron en una de las fuerzas más temidas de Europa durante los siglos XV y XVI. Su arma principal era la pica, una evolución de la lanza tradicional que alcanzaba entre 4,5 m y 6 m de longitud. A diferencia de la lanza medieval, utilizada en combates individuales o formaciones reducidas, la pica requería disciplina y entrenamiento colectivo.

Los lansquenetes combatían en cuadros de picas, grandes formaciones rectangulares de hombres armados con largas lanzas que apuntaban hacia delante en varias filas. Estas formaciones eran prácticamente infranqueables para la caballería, pues los equinos no se atrevían a embestir contra una muralla de puntas metálicas. Además, los cuadros de picas podían avanzar lentamente, empujando al enemigo con la presión de sus lanzas, al mismo tiempo que protegían a los arcabuceros y mosqueteros, que disparaban desde los flancos. La combinación de pica y fuego dio a los ejércitos imperiales una gran capacidad de resistencia y ofensiva (Oman, 1998).

El modelo de los lansquenetes fue inspirado en los piqueros suizos, quienes habían derrotado en varias ocasiones a ejércitos de caballería pesada en los siglos XIV y XV. Sin embargo, los lansquenetes introdujeron un mayor grado de organización y profesionalización, lo que los convirtió en una infantería versátil y muy solicitada por otros reinos europeos. En su desarrollo fue clave el emperador Maximiliano I, quien se aseguró de que el Sacro Imperio contara con una infantería moderna capaz de competir con las fuerzas de Francia, España e Italia.

El uso de la lanza en el Sacro Imperio, al igual que en todas las civilizaciones, tenía una connotación no solo militar, sino también cultural y simbólica. En la Edad Media, la lanza del caballero representaba la legitimidad feudal y el honor de la nobleza.

### *Reino de Inglaterra (siglos X-XVI)*

El Reino de Inglaterra surgió en el siglo X, tras la unificación de varios reinos anglosajones bajo el mando de Athelstan, en 927. Durante la Edad Media, Inglaterra enfrentó constantes conflictos externos e internos: las invasiones vikingas, la conquista normanda de 1066 liderada por Guillermo el Conquistador y las luchas de poder entre la monarquía y la nobleza. Un hito importante fue la Carta Magna de 1215, que limitó la autoridad real y sentó las bases del constitucionalismo inglés (Carpenter, 2004). A lo largo de los siglos siguientes, Inglaterra desarrolló una identidad política y militar particular, marcada por la tensión entre el rey y el Parlamento, así como por su participación en guerras con Francia, como la guerra de los Cien Años (1337-1453) (Prestwich, 1996).

Hacia el siglo XVI, el reino experimentó una transformación decisiva con la llegada al trono de la dinastía Tudor, tras la guerra de las Dos Rosas. Enrique VII consolidó la monarquía, mientras que su hijo, Enrique VIII, impulsó la ruptura con la Iglesia de Roma, al fundar la Iglesia anglicana, en 1534, lo que fortaleció la autonomía política del reino y lo proyectó hacia un nuevo papel en Europa (Guy, 1988). De esta manera, Inglaterra pasó de ser un reino feudal en construcción a volverse una potencia emergente con bases institucionales y religiosas propias que marcarían su desarrollo posterior.

El ejército del Reino de Inglaterra, desde sus orígenes en la Edad Media hasta el siglo XVI, se caracterizó por una combinación de tradiciones militares anglosajonas, normandas y feudales, las cuales moldearon tanto su organización como su armamento. Entre las armas fundamentales se encontraba la lanza, utilizada tanto por la infantería como por la caballería, y que representaba uno de los pilares

tácticos del poder militar inglés. Su importancia no radicaba únicamente en su función ofensiva, sino también en la capacidad que proveía para mantener formaciones defensivas que permitían enfrentar ejércitos más numerosos o con mayor movilidad (Prestwich, 1996).

En los primeros siglos medievales, la infantería anglosajona ya empleaba la lanza como arma principal. El *fyrð*, una milicia compuesta por campesinos libres convocados en caso de necesidad, se organizaba en formaciones cerradas donde cada hombre portaba una lanza o jabalina junto con un escudo. Esta disposición se consolidó en el famoso muro de escudos (*shield wall*), táctica que ofrecía resistencia sólida frente a las cargas enemigas. Sin embargo, la conquista normanda de 1066 introdujo un cambio decisivo, pues Guillermo el Conquistador incorporó un modelo militar basado en la caballería pesada, donde los jinetes normandos combatían armados con lanzas largas y espadas. Esto marcó el inicio de una mayor dependencia de la caballería feudal en Inglaterra (Carpenter, 2004).

Durante los siglos XII y XIII, el uso de la lanza evolucionó tanto en la infantería como en la caballería. Para los caballeros, la lanza se convirtió en un símbolo de estatus militar —especialmente, en las justas y torneos—, pero también mantuvo un rol decisivo en el campo de batalla. Los caballeros ingleses adoptaron la táctica de la carga en formación cerrada, bajando la lanza en ristre contra las líneas enemigas para romper su cohesión. En paralelo, la infantería fue adoptando lanzas más largas y, posteriormente, picas, inspiradas en las tácticas continentales, que les permitían formar verdaderas murallas defensivas contra caballería pesada. Esta combinación de caballeros armados con lanzas y soldados de a pie con armas largas ofreció a Inglaterra una flexibilidad táctica cada vez más efectiva (Contamine, 1984).

Un ejemplo del uso de la lanza por parte de los ingleses se encuentra en la guerra de los Cien Años (1337-1453). Aunque Inglaterra es recordada principalmente por el empleo del arco largo, no debe pasarse por alto el papel de la lanza. En batallas como Crécy (1346) y Poitiers (1356), los arqueros ingleses se situaban detrás de formaciones de infantería armada con lanzas y picas, lo que aseguraba una defensa sólida frente a la caballería francesa. Esta disposición de tropas, que combinaba fuego a distancia con una línea de defensa basada en lanzas, permitió a los ingleses neutralizar las poderosas cargas de caballeros enemigos (Prestwich, 1996).

Con la llegada del siglo XV y la consolidación de los Tudor en el trono, el ejército inglés experimentó cambios significativos. El uso de mercenarios y tropas más profesionales se hizo común, y en este contexto la lanza se transformó en la pica,

un arma de entre 4 m y 6 m de longitud que se convirtió en un estándar en toda Europa. Los soldados ingleses comenzaron a integrar tácticas similares a las de los lansquenets alemanes y los ejércitos suizos, donde bloques de piqueros mantenían la cohesión del frente de batalla. Este cambio mostró una transición de la lanza tradicional a la pica como parte de un ejército más organizado y adaptado a la guerra moderna de la época (Oman, 1998).

No obstante, la lanza nunca perdió su importancia simbólica y práctica dentro de la caballería. Incluso en el siglo XVI, cuando las armas de fuego comenzaron a dominar los campos de batalla, los caballeros ingleses seguían empleando lanzas en cargas montadas. Durante este periodo, la caballería pesada se mantenía como un arma de choque destinada a romper las líneas enemigas en momentos críticos. Así, la lanza se mantuvo como un arma versátil, capaz de adaptarse a los cambios tácticos, y como uno de los ejes centrales del poder militar inglés durante toda la Edad Media.

### *Reino de Francia (siglos X-XV)*

El Reino de Francia surgió en el siglo X, tras la fragmentación del Imperio carolingio, con la llegada de Hugo Capeto al trono, en 987. En sus inicios, el poder real estaba muy limitado frente a la influencia de los señores feudales, pero poco a poco los reyes capetos fortalecieron la monarquía. Durante los siglos XII y XIII, monarcas como Felipe II Augusto y Luis IX ampliaron los territorios bajo control real, reforzaron la administración y consolidaron a París como un centro político y cultural europeo. Francia también participó activamente en las cruzadas y se convirtió en un referente del poder cristiano en Occidente (Duby, 1991; Le Goff, 2005).

En el siglo XIV, el reino enfrentó graves crisis como la Peste Negra, las revueltas campesinas y la prolongada guerra de los Cien Años contra Inglaterra. Sin embargo, en el siglo XV logró recuperarse, y en el proceso destacaron figuras como Juana de Arco y reinados como el de Carlos VII, quien consolidó la autoridad real mediante un ejército permanente y reformas fiscales. Con la victoria final sobre Inglaterra, en 1453, Francia emergió como una de las monarquías más poderosas de Europa y sentó las bases de su transición hacia el Estado moderno (Allmand, 1988; Contamine, 1997).

Ahora bien, el ejército del Reino de Francia se caracterizó por una evolución constante desde la época feudal temprana hasta la consolidación de un ejército más profesional, en los siglos XIV y XV. Durante este periodo, el elemento central de la organización militar fue determinado por el sistema feudal, en el que la

nobleza estaba obligada a prestar servicio armado al rey a cambio de tierras. En este contexto, la lanza se volvió una de las armas más emblemáticas y decisivas, utilizada tanto por caballeros como por la infantería, adaptándose a las transformaciones de la guerra medieval (Contamine, 1984).

En los siglos X y XI, la caballería feudal se consolidó como el núcleo del ejército francés. Los caballeros luchaban equipados con armaduras y lanzas largas, diseñadas para las cargas a gran velocidad. Este tipo de ataque, conocido como carga de caballería pesada, se convirtió en una táctica emblemática del poder militar francés. La lanza, sostenida bajo el brazo, en posición de embestida, concentraba la fuerza del caballo y el jinete en un único punto de impacto, lo que permitía romper formaciones enemigas menos organizadas (Verbruggen, 1997). La supremacía de esta táctica fue clave en las primeras cruzadas, en las que los franceses participaron de manera destacada.

A medida que avanzaba la Edad Media, el uso de la lanza evolucionó en función de las necesidades tácticas. Durante los siglos XII y XIII, la caballería francesa organizó sus cargas en formaciones cerradas, donde la coordinación era esencial para aprovechar la potencia de la lanza. Además, en el ámbito de los torneos y justas caballerescas, la lanza era no solo un arma de guerra, sino también un símbolo de prestigio social y marcial. Estas prácticas, aunque lúdicas, contribuían al perfeccionamiento técnico de los caballeros reforzando la disciplina y la destreza en el combate real (Duby, 1991).

No obstante, el ejército francés también contaba con una invaluable infantería, en la cual la lanza cumplía un papel fundamental. Las formaciones de lanceros eran empleadas para resistir las cargas de la caballería enemiga clavando las lanzas en el suelo en posición defensiva o manteniéndolas firmes en filas cerradas. Este tipo de táctica se observó en enfrentamientos como la batalla de Bouvines (1214), donde la infantería armada con lanzas colaboró decisivamente con la caballería para asegurar la victoria francesa. A pesar de ello, durante gran parte de la Edad Media, la infantería francesa fue considerada menos prestigiosa que los caballeros, aunque su valor estratégico fue creciendo con el tiempo (Contamine, 1997).

El siglo XIV marcó un cambio decisivo en la guerra medieval, debido, en gran parte, a la guerra de los Cien Años (1337-1453). Francia sufrió importantes derrotas frente a los ingleses; especialmente, en batallas como Crécy (1346) y Poitiers (1356), donde las formaciones de arqueros ingleses y las tácticas defensivas demostraron la vulnerabilidad de las cargas de caballería con lanza. Estos reveses obligaron a transformar la organización militar francesa reforzando el papel de

la infantería y adaptando el uso de la lanza a contextos defensivos y de apoyo (Allmand, 1988). En este periodo, los piqueros y lanceros empezaron a organizarse en formaciones más compactas, influidos por tácticas suizas y flamencas, lo que permitió enfrentar con mayor eficacia a la caballería pesada.

En el siglo XV, bajo el reinado de Carlos VII, la reforma militar incluyó la creación de compañías de ordenanza, lo que supuso un paso hacia un ejército más profesional y permanente. Dentro de este ejército reformado, la lanza seguía teniendo un lugar céntrico, no solo como arma de choque en la caballería, sino también como herramienta táctica en formaciones combinadas de infantería y caballería. La aparición de nuevas armas de fuego portátiles no desplazó de inmediato a la lanza, que continuó siendo una pieza clave en la guerra hasta finales de la Edad Media (Keen, 1999).

### *Reino de Castilla*

El Reino de Castilla surgió en el siglo X como un condado dependiente del Reino de León, pero pronto adquirió autonomía y se consolidó como un reino independiente, en el siglo XI. Desde sus orígenes se caracterizó por una fuerte vocación militar y expansiva, al participar activamente, por ejemplo, en la Reconquista, el proceso de avance cristiano sobre los territorios musulmanes de Al-Ándalus. Con la conquista de Toledo, en 1085, Castilla dio un paso crucial para consolidar su posición como una de las principales potencias ibéricas (O'Callaghan, 2003).

Durante los siglos XIII y XIV, Castilla expandió significativamente sus dominios. El reinado de Fernando III el Santo fue clave, pues unificó Castilla y León en 1230 y conquistó ciudades como Córdoba (1236) y Sevilla (1248). Más tarde, bajo los Reyes Católicos, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, la unión dinástica, en 1469, sentó las bases de la monarquía hispánica. Fue Castilla la que aportó el peso mayor en población, economía y recursos militares a este proyecto. Además, fue desde Castilla desde donde se financió el viaje de Cristóbal Colón, en 1492, lo que dio inicio a la expansión ultramarina que marcó la transición a la Edad Moderna (Elliott, 2002).

El ejército del Reino de Castilla se consolidó a partir de la expansión territorial durante la Reconquista, donde la lucha contra los reinos musulmanes de Al-Ándalus marcó el carácter militar del reino. Desde sus orígenes, en los siglos XI y XII, la estructura militar castellana combinaba tropas señoriales, milicias concejiles y fuerzas reales. En este contexto, la lanza fue una de las armas más

representativas, tanto para la caballería como para la infantería, al ser versátil, económica y de gran efectividad en el combate.

En la caballería pesada, núcleo principal del ejército castellano, la lanza se utilizaba como arma ofensiva en la carga de caballería. Los jinetes, fuertemente armados con cota de malla —y posteriormente, con armaduras de placas—, formaban en grupos compactos que rompían las líneas enemigas con el impacto inicial de sus lanzas. Esta táctica fue esencial durante las campañas contra los musulmanes en la Meseta Sur y en batallas decisivas como Las Navas de Tolosa (1212), donde la caballería castellana, junto con la de otros reinos cristianos, empleó sus lanzas para desorganizar a las fuerzas almohades.

Por otro lado, la infantería castellana también utilizaba lanzas, aunque más ligeras y de mayor longitud. Estas servían para resistir las cargas de caballería enemiga y mantener formaciones defensivas. Las milicias urbanas, reclutadas en villas y ciudades, solían armarse con lanzas o picas, ya que eran fáciles de fabricar y eficaces en combate colectivo. Con el paso del tiempo, sobre todo en los siglos XIV y XV, la influencia de la táctica suiza y flamenca llevó a una mayor importancia de las formaciones de piqueros, y ello anticipó la organización de los futuros tercios españoles, en la Edad Moderna.

### *Califato Abasí (750-1258)*

El Califato abasí fue uno de los grandes imperios islámicos de la Edad Media, fundado en 750, tras derrocar a la dinastía Omeya. Su capital se estableció primero en Bagdad, ciudad que se convirtió en un importante centro político, económico y cultural del mundo islámico (Kennedy, 2004). Los abasíes gobernaron gran parte del Medio Oriente, el norte de África y regiones de Asia Central, por lo que consolidaron un vasto territorio de gran diversidad étnica y religiosa (Lapidus, 2014).

Durante su apogeo, especialmente entre los siglos VIII y X, el califato fue reconocido por su esplendor cultural y científico, que fomentó avances en matemáticas, astronomía, medicina, filosofía y literatura. Bagdad, con su famosa Casa de la Sabiduría, se convirtió en un lugar de traducción y preservación de saberes griegos, persas e indios (Gutas, 1998). Sin embargo, con el tiempo, el poder político de los califas se fue debilitando por conflictos internos, luchas de facciones militares y presiones externas, como las invasiones mongolas, que culminaron con la caída de Bagdad, en 1258 (Amitai, 2017).

El ejército del Califato abasí (750-1258) fue una de las fuerzas militares más organizadas y complejas de la Edad Media islámica. Desde su fundación, los califas comprendieron la importancia de sostener un ejército permanente, capaz de controlar un territorio que se extendía desde el Magreb hasta Asia Central. A diferencia de sus predecesores omeyas, los abasíes redujeron la dependencia de las tribus árabes tradicionales y profesionalizaron a sus tropas mediante el reclutamiento de soldados de diversas procedencias: árabes, persas, turcos y, más adelante, esclavos-soldados (*ghilman* o mamelucos) (Kennedy, 2001). Dentro de dicha estructura, la lanza desempeñó un papel central como arma de combate, tanto en la caballería como en la infantería, por su versatilidad y simbolismo militar (Shaban, 1976).

En la infantería abasí, la lanza era el arma principal junto con el arco. Su uso permitía mantener formaciones defensivas contra cargas de caballería enemiga y proteger a los arqueros situados en la retaguardia. En particular, los lanceros adoptaban técnicas de combate heredadas de las tradiciones persas y helenísticas organizándose en filas cerradas para frenar los embates de la caballería bizantina o de las tribus nómadas en la frontera oriental (Nicolle, 1998). Además, las lanzas se utilizaban en asedios, tanto para la defensa de murallas como para el combate en espacios reducidos, donde podían mantener a distancia al enemigo (Kennedy, 2001).

En la caballería, la lanza era el arma distintiva de los jinetes pesados. Los caballeros árabes y persas, armados con lanzas largas, ejecutaban cargas que buscaban romper la cohesión de las líneas contrarias, táctica especialmente útil contra la caballería bizantina o contra formaciones densas de infantería (Kennedy, 2001). Sin embargo, con el tiempo, los abasíes incorporaron a los turcos *oghuz* y otros pueblos de las estepas, quienes aportaron nuevas dinámicas de combate: jinetes que combinaban el uso de arcos compuestos con lanzas ligeras, lo que permitía mayor movilidad y ataques rápidos (Amitai, 2017). De este modo, el ejército abasí logró una combinación eficaz entre caballería ligera y pesada, en la que la lanza mantenía un rol decisivo.

La élite militar de los mamelucos, formada por esclavos-soldados adiestrados desde jóvenes, también perfeccionó el uso de la lanza. Estos cuerpos de caballería profesional empleaban lanzas largas en formaciones cerradas, capaces de ejecutar cargas organizadas que desestabilizaban al enemigo. El prestigio de la lanza era tal, que era vista no solo como un arma práctica, sino también como un símbolo de estatus dentro de la caballería (Nicolle, 1998).

### Califato de Córdoba (711-1492)

El Califato de Córdoba, fundado en 929 por Abd al-Rahmán III, fue no solo un destacado centro político y cultural, sino también una de las potencias militares más fuertes de Europa occidental en el siglo X. El califa organizó un ejército profesional permanente, financiado con los recursos del Estado, lo que permitió reducir la dependencia de tropas tribales (Kennedy, 1996). Dicho ejército estaba compuesto tanto por musulmanes locales como por mercenarios bereberes del Magreb y contingentes eslavos, lo que garantizaba diversidad y disciplina (Collins, 2012). Además, las campañas contra los reinos cristianos del norte de la península ibérica consolidaron la hegemonía cordobesa y mostraron la eficacia de su aparato militar.

Durante el gobierno de Almanzor (al-Mansur), a finales del siglo X, el ejército alcanzó su mayor poderío. Almanzor llevó a cabo numerosas campañas (*aceifas*), durante las cuales saqueó ciudades cristianas como León, Barcelona y Santiago de Compostela, y gracias a lo cual impuso la supremacía militar andalusí durante décadas (Manzano Moreno, 2006). Las unidades de caballería ligera, esenciales para la movilidad y rapidez de ataque, junto a la infantería equipada con lanzas y arcos, fueron piezas fundamentales de esta fuerza militar (García Fitz, 2008). Sin embargo, tras la muerte de Almanzor, en 1002, el califato entró en crisis interna, lo que debilitó al ejército y facilitó la fragmentación política en los reinos de *taifas*, hacia 1031 (Fierro, 2011).

El ejército del Califato de Córdoba alcanzó un notable desarrollo entre los siglos X y XI; especialmente, bajo el gobierno de Abd al-Rahmán III y de su sucesor militar más destacado: Almanzor. Dentro de este ejército, la lanza fue una de las armas más representativas, usada tanto por la infantería como por la caballería. Para los infantes, la lanza constituía un instrumento esencial que les permitía mantener la distancia frente al enemigo y formar líneas compactas en el campo de batalla, similares a las formaciones de picas utilizadas en otras regiones europeas (Kennedy, 1996). Estas formaciones eran especialmente útiles para resistir cargas de caballería y otorgaban solidez defensiva. En el caso de la caballería ligera andalusí, que se distinguía por su movilidad y rapidez, la lanza era utilizada para ataques veloces, en los que el impacto inicial podía decidir la batalla (Collins, 2012).

La importancia de la lanza en el ejército cordobés también se relaciona con la tradición militar islámica y bereber, donde esta arma gozó de un uso extendido. En las campañas de Almanzor, los cronistas árabes señalan que los lanceros desempeñaron un papel fundamental en las incursiones (*aceifas*) contra los reinos

cristianos del norte, pues podían adaptarse tanto a combates campales como a asedios (Manzano Moreno, 2006). Además, la versatilidad de la lanza permitía tanto el combate cuerpo a cuerpo como el lanzamiento en ciertas circunstancias, lo que la convertía en un arma económica, efectiva y de fácil producción para un ejército numeroso. Su presencia refleja la combinación de tradición islámica y adaptación a las condiciones bélicas de la península ibérica, donde la lucha contra fortalezas cristianas y la necesidad de movilidad táctica hicieron de la lanza un recurso indispensable (Fierro, 2011; García Fitz, 2008). En este sentido, la lanza fue no solo un arma práctica, sino también un símbolo del poder militar del califato en su época de mayor esplendor.

## Edad Moderna

### *Imperio español*

El Imperio español surgió formalmente en 1492, con la unión dinástica de Castilla y Aragón y el fin de la Reconquista, tras la toma de Granada. Ese mismo año, el viaje de Cristóbal Colón abrió el camino a la colonización de América, lo que convirtió a España en la primera gran potencia global de la Edad Moderna. Durante los siglos XVI y XVII, bajo los Austrias, el imperio abarcó vastos territorios en Europa, América, África y Asia, y así se consolidó como un sistema político, militar y comercial que dominó el Atlántico y gran parte del Mediterráneo. Dicho poder se sustentaba en la extracción de metales preciosos de América, en una poderosa flota y en una administración compleja que integraba diversos reinos y virreinos. Sin embargo, también enfrentó permanentes conflictos, como las guerras con Francia, Inglaterra y los Países Bajos, junto a crisis internas que debilitaron sus recursos (Elliott, 2006; Kamen, 2003).

A partir del siglo XVIII, bajo los Borbones, el imperio intentó modernizarse con reformas administrativas y económicas que buscaban centralizar el poder y revitalizar la economía. No obstante, el siglo XIX trajo consigo un proceso de decadencia irreversible: la invasión napoleónica a la península debilitó la metrópoli, lo que desencadenó los movimientos de independencia en América. Entre 1810 y 1825, la mayoría de las colonias americanas proclamaron su emancipación, y España vio reducido su imperio a posesiones en el Caribe, Filipinas y algunas plazas africanas.

El ejército español, durante la conformación y expansión de su imperio, fue uno de los más poderosos de Europa y desempeñó un papel clave en la consolidación de la hegemonía hispánica en los siglos XVI y XVII. Entre las armas utilizadas,

la lanza ocupó un lugar central, tanto en la caballería como en la infantería, adaptándose a las transformaciones militares de la Edad Moderna. Su uso se remonta a la tradición medieval castellana, donde los caballeros empleaban lanzas largas en cargas frontales contra infantería y caballería enemigas. Con la transición hacia el Imperio español, este armamento fue perfeccionado e integrado en nuevas formas tácticas; especialmente, en las compañías de hombres de armas y en los célebres tercios (Elliott, 2006; Parker, 2004).

En los siglos XV y XVI, la caballería pesada castellana se organizaba en unidades de lanceros conocidos como jinetes, o *ginetes*, inspirados en las tácticas de la Reconquista, donde la movilidad y el uso de la lanza corta resultaban decisivos frente a las fuerzas musulmanas. Estos jinetes utilizaban lanzas de tamaño medio, fáciles de manejar, que les permitían atacar rápidamente y retirarse con agilidad. Con la formación del Imperio español y el contacto con las guerras europeas, se incorporó también la tradición borgoñona y flamenca de la caballería pesada, con largas lanzas de caballería o picas montadas, que ofrecían un gran poder de choque en batallas campales (Kamen, 2003).

No obstante, el uso de la lanza no se limitaba a la caballería. En la infantería española del siglo XVI destacó la célebre pica, una lanza larga que podía superar los 5 m de longitud. Los piqueros formaban el núcleo de los tercios españoles, organizados en formaciones densas que ofrecían una defensa impenetrable contra la caballería enemiga y permitían maniobras ofensivas coordinadas con arcabuceros y mosqueteros. Esta combinación de fuego y lanza otorgó a los tercios la supremacía militar en Europa durante más de un siglo; fue decisiva, por ejemplo, en batallas como Pavía (1525) o Mühlberg (1547). La pica era un arma defensiva y al mismo tiempo ofensiva, capaz de frenar cargas de caballería pesadas y de mantener a raya a la infantería rival (Parker, 2004; Thompson, 2006).

Durante el siglo XVII, a medida que las armas de fuego mejoraban, el papel de la lanza y de la pica en la infantería comenzó a declinar. Sin embargo, en la caballería, la lanza mantuvo su vigencia. La caballería ligera de lanceros fue fundamental en las guerras de frontera contra el Imperio otomano y en los conflictos con Francia e Inglaterra. Los lanceros españoles, conocidos por su disciplina y ferocidad, se destacaron en la guerra de los Treinta Años, donde su capacidad de choque aún era valorada. Asimismo, en los territorios americanos, la lanza se convirtió en un arma simbólica y práctica: los conquistadores españoles y sus aliados indígenas la emplearon de forma recurrente en la expansión imperial, como lo evidencian las crónicas de la conquista de México y del Perú (Prescott, 2008).

En el siglo XVIII, bajo los Borbones, las reformas militares buscaron modernizar el ejército español en línea con los modelos franceses. Aun así, la lanza continuó ocupando un lugar en la caballería; sobre todo, en regimientos ligeros que patrullaban tanto en la península como en las colonias. Durante las guerras contra Gran Bretaña y en la defensa del imperio, la caballería de lanceros desempeñó funciones de persecución y hostigamiento, aprovechando la versatilidad de esta arma frente al sable o la espada. La lanza era en particular efectiva durante los combates de caballería contra caballería, al permitir alcanzar al enemigo a distancia sin necesidad de trabarse en un duelo cerrado (Kuethe & Andrien, 2014).

En el siglo XIX —en especial, durante la guerra de Independencia española contra la invasión napoleónica (1808-1814)—, la lanza volvió a cobrar protagonismo. La resistencia española se apoyó en guerrillas y en la reorganización de regimientos de caballería ligera, donde los lanceros jugaron un papel notable. Inspirados en modelos polacos y húngaros, los lanceros españoles utilizaron lanzas largas y estandartes triangulares para identificar a sus propias unidades en el campo de batalla. En diversas escaramuzas, esas tropas se enfrentaron con éxito a la caballería francesa, y demostraron que la lanza aún podía ser eficaz en un contexto dominado por la artillería y los fusiles (Esdaile, 2003).

### *Imperio ruso*

El Imperio ruso tuvo sus orígenes en el Gran Principado de Moscú, que a finales del siglo XV, bajo el reinado de Iván III (1462-1505), consolidó la independencia frente al dominio mongol de la Horda de Oro y sentó las bases de un Estado centralizado. Iván III se proclamó *zar*, se presentó como heredero del Imperio bizantino e inició la idea de Moscú como la “Tercera Roma” (Riasanovsky & Steinberg, 2011). Posteriormente, Iván IV, conocido como Iván el Terrible (1547-1584), expandió los territorios rusos hacia el Volga y Siberia, fortaleció el poder autocrático y estableció la figura del *zar* como gobernante absoluto (Kivelson & Suny, 2017).

Durante los siglos XVII y XVIII, el imperio se consolidó y modernizó; especialmente, bajo el reinado de Pedro el Grande (1682-1725), quien llevó a cabo profundas reformas militares, administrativas y culturales, buscando acercar Rusia a los modelos occidentales. Fundó la ciudad de San Petersburgo como nueva capital, y amplió el control territorial hacia el Báltico tras derrotar a Suecia en la gran guerra del Norte (1700-1721). Más tarde, Catalina II la Grande (1762-1796) expandió el imperio hacia el mar Negro y consolidó el dominio sobre Ucrania, Polonia y

Crimea, todo lo cual fortaleció a Rusia como una de las grandes potencias europeas (Hosking, 2001).

En el siglo XIX, el Imperio ruso se convirtió en uno de los Estados más extensos del mundo, al abarcar Europa del Este, Siberia y Asia Central. Su ejército jugó un papel decisivo en la derrota de Napoleón. Durante la invasión del tirano corso, en 1812, y en el Congreso de Viena (1815), Rusia emergió como garante del orden monárquico europeo. Sin embargo, las tensiones internas eran profundas: la servidumbre campesina permaneció como base del sistema económico, hasta la abolición de tal sistema, en 1861, bajo Alejandro II, lo que desencadenó reformas sociales y militares. A pesar de estas transformaciones, derrotas como la sufrida en la guerra de Crimea (1853-1856) y el atraso industrial mostraron las debilidades estructurales del imperio frente a potencias como Gran Bretaña y Francia (Riasanovsky & Steinberg, 2011).

El ejército del Imperio ruso fue uno de los más grandes y complejos de Europa desde sus orígenes en el Gran Principado de Moscú hasta el siglo XIX. Desde finales del siglo XV, el poder militar de Moscovia se organizó en torno a la caballería de servicio (los *pomestie*), formada por nobles que recibían tierras a cambio de su obligación militar. En este contexto, la lanza era un arma central, tanto para la caballería como para la infantería. Las lanzas largas ofrecían ventajas durante las cargas de caballería, pues permitían a los combatientes mantener distancia con el enemigo, mientras que las lanzas cortas, empleadas por la infantería, servían para resistir ataques de caballería extranjera. Bajo Iván IV el Terrible, el ejército ruso se estructuró en unidades más disciplinadas, como los *streltsi*, quienes, si bien eran reconocidos por su uso de armas de fuego, también utilizaban lanzas en combate cercano, como apoyo táctico (Kivelson & Suny, 2017).

Durante los siglos XVI y XVII, Rusia enfrentó potencias vecinas como Polonia-Lituania, Suecia y el Imperio otomano. En estas guerras, la lanza siguió siendo un arma predominante; sobre todo, entre la caballería ligera cosaca y tártara, aliada del zar. La caballería cosaca, célebre por su movilidad y agresividad, empleaba lanzas largas, conocidas como *pikas*, para hostigar formaciones enemigas y realizar ataques rápidos. Este modelo se mantuvo con fuerza incluso cuando en Europa Occidental las lanzas fueron perdiendo relevancia frente a la artillería y los mosquetes. En Rusia, la amplitud territorial y la menor densidad urbana favorecieron la persistencia de la caballería lanzada como una herramienta clave para el control de las fronteras y las incursiones militares (Hosking, 2001).

El siglo XVIII trajo consigo transformaciones militares bajo Pedro el Grande (1682-1725), quien impulsó una modernización profunda del ejército con base en modelos europeos. Pese al crecimiento del uso de armas de fuego y de la artillería, Pedro conservó y reorganizó unidades de caballería armadas con lanzas; sobre todo, tras la gran guerra del Norte (1700-1721), contra Suecia. Estas fuerzas, conocidas como *uhlans* (unidades de lanceros de origen polaco-lituano), se integraron en el ejército ruso a lo largo del siglo XVIII y pasaron a estar entre sus unidades de élite. Su eficacia residía en su capacidad para cargar contra infantería desorganizada y en su utilidad durante campañas abiertas en las estepas del Este europeo (Riasanovsky & Steinberg, 2011).

Durante el siglo XIX, la lanza alcanzó un renacimiento en la caballería rusa. La tradición cosaca influyó en la organización de regimientos de lanceros regulares, que participaron en conflictos decisivos como las guerras napoleónicas. En 1812, durante la invasión francesa, los lanceros rusos desempeñaron un papel importante en batallas como Borodinó, donde la caballería armada con lanzas fue usada para desorganizar la retaguardia napoleónica. La combinación de movilidad, disciplina y el alcance de la lanza los convirtió en un arma psicológica y efectiva contra unidades de caballería enemiga. Los lanceros rusos también fueron temidos en campañas posteriores en Polonia y el Cáucaso, donde la topografía favorecía las cargas rápidas y los enfrentamientos cuerpo a cuerpo (Kivelson & Suny, 2017).

Sin embargo, hacia mediados del siglo XIX, la utilidad de la lanza comenzó a verse cuestionada en el contexto de guerras más modernas, como la guerra de Crimea (1853-1856). La potencia del armamento de repetición y la artillería de largo alcance limitaban las posibilidades de una carga frontal con lanzas. Aun así, el Imperio ruso mantuvo regimientos de lanceros hasta finales del siglo XIX; en parte, por tradición, y en parte, por su utilidad para la guerra irregular en territorios fronterizos como Asia Central y el Cáucaso, donde la caballería ligera seguía desempeñando un papel importante en campañas de control territorial (Hosking, 2001). La permanencia de la lanza en el ejército ruso respondía no solo a cuestiones tácticas, sino también a factores culturales: el arma simbolizaba la herencia de los cosacos y la identidad militar del imperio, y representaba, por tanto, la conexión entre modernización y tradición.

### *Imperio otomano*

El Imperio otomano surgió a finales del siglo XIII, bajo el liderazgo de Osmán I, y rápidamente se expandió por Anatolia y los Balcanes, y se consolidó como una de las

potencias más importantes del mundo islámico. La conquista de Constantinopla, en 1453, por Mehmed II, marcó un punto decisivo, al transformar la ciudad en Estambul y entronizar a los otomanos como herederos directos del Imperio romano de Oriente. Durante los siglos XV y XVI, bajo sultanes como Selim I y Solimán el Magnífico, el imperio alcanzó su máximo esplendor, al abarcar territorios en tres continentes: el sudeste europeo, el norte de África, Oriente Medio y el mar Rojo. Su poder se sustentaba en un ejército disciplinado, el sistema de administración centralizada y el control de rutas comerciales clave entre Oriente y Occidente (Finkel, 2005; Ágoston & Masters, 2009).

Sin embargo, a partir del siglo XVII el imperio comenzó un lento proceso de declive, marcado por derrotas militares frente a potencias europeas como Austria, Polonia y Rusia. La pérdida de territorios en Europa y el Mediterráneo, junto con el avance de la tecnología militar occidental, evidenció las dificultades de los otomanos para modernizar su ejército y administración. Durante el siglo XIX, el imperio se ganó el apelativo de “el hombre enfermo de Europa”, pues, a pesar de las reformas conocidas como el *Tanzimat* (1839-1876), que buscaban modernizar el ejército, la economía y la burocracia, el Estado otomano seguía debilitándose frente a la presión de las potencias europeas y los movimientos nacionalistas internos. Hasta mediados del siglo XIX, aunque seguía siendo un imperio extenso e influyente, ya mostraba síntomas de fragmentación y vulnerabilidad que marcarían su historia posterior (Shaw & Shaw, 1977; Zürcher, 2017).

El ejército del Imperio otomano fue una de las instituciones militares más influyentes del mundo medieval y moderno, caracterizado por su diversidad de tropas y su capacidad de adaptación a diferentes escenarios bélicos. Entre las armas principales que utilizaron, la lanza ocupó un lugar destacado; especialmente, en los primeros siglos de expansión otomana. Las tropas de caballería ligera, conocidas como *akinci*, empleaban lanzas largas para realizar cargas rápidas contra la infantería enemiga, desorganizar sus formaciones y abrir paso a las fuerzas principales. Estas lanzas, de madera ligera y con puntas de hierro, eran útiles tanto para el combate cuerpo a cuerpo como para ser arrojadas a distancia en los primeros contactos. A lo largo de los siglos XIV y XV, las formaciones de lanceros a caballo otorgaron movilidad al ejército y fueron decisivas en la expansión hacia los Balcanes y Anatolia (Ágoston, 2009).

En la caballería pesada otomana, compuesta por los *sipahi* (caballeros feudales del sistema timar), la lanza también fue un arma clave. Estos combatientes, equipados con armaduras de hierro y caballos protegidos, utilizaban lanzas largas,

similares a las empleadas por la caballería europea, pero con la flexibilidad para adaptarse a diferentes contextos de batalla. El impacto de una carga de *sipahis* con lanzas podía romper las líneas enemigas y sembrar el pánico entre las filas rivales. En contraste, la infantería otomana —en particular, los *jenízaros*—, se especializó en el uso de armas de fuego y de proyectiles, pero aun así, en las primeras fases de su desarrollo también emplearon lanzas y picas para la defensa de posiciones, formando barreras contra la caballería adversaria. Durante los siglos XV y XVI, las lanzas seguían siendo parte del arsenal básico de los ejércitos otomanos, integradas en una estrategia que combinaba arqueros, artillería y armas de fuego y otorgaba al imperio una clara ventaja militar (Finkel, 2005; Shaw & Shaw, 1977).

Con el avance de la artillería y las armas de fuego modernas a partir del siglo XVII, la importancia de la lanza en el ejército otomano comenzó a disminuir, aunque siguió siendo empleada en unidades auxiliares de caballería ligera en las fronteras y en regiones donde las tácticas tradicionales aún resultaban efectivas. La lanza otomana, por tanto, simbolizó tanto la tradición guerrera del imperio como su capacidad para combinar elementos militares de Oriente y Occidente, contribuyendo durante siglos a la fuerza de uno de los ejércitos más poderosos de la historia (Zürcher, 2017).

### *Francia (siglo XVIII y siglo XIX)*

Durante el siglo XVIII, Francia fue una de las principales potencias europeas bajo el Antiguo Régimen, dominado por la monarquía absolutista de los Borbones. Los reinados de Luis XV y Luis XVI estuvieron marcados por la crisis financiera, el lujo de la corte de Versalles y la desigualdad social entre nobleza, clero y el Tercer Estado. Francia participó en conflictos internacionales como la guerra de Sucesión de Austria, la guerra de los Siete Años —donde perdió Canadá e India frente a Inglaterra— y la guerra de Independencia de Estados Unidos, cuyo apoyo debilitó aún más sus finanzas. Las tensiones sociales, la influencia de la Ilustración y la bancarrota del Estado desembocaron en la Revolución francesa, de 1789, que puso fin a la monarquía absoluta y proclamó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, e inició una era de profundos cambios políticos.

El siglo XIX francés estuvo marcado por una gran inestabilidad política. Tras la revolución, se produjo el ascenso de Napoleón Bonaparte, quien instauró el Imperio napoleónico (1804-1815) y expandió la influencia francesa por Europa hasta su derrota en Waterloo. Posteriormente, el país atravesó diversas formas

de gobierno: la Restauración borbónica (1815-1830), la Monarquía de Julio (1830-1848), la Segunda República (1848-1852) y el Segundo Imperio, de Napoleón III (1852-1870), que modernizó la economía y transformó París, pero fracasó en la guerra contra Prusia (1870). De esa derrota surgió la Tercera República (1870-1940), que consolidó un régimen parlamentario y republicano, mientras Francia se expandía como potencia colonial en África y Asia. En conjunto, entre los siglos XVIII y XIX, Francia pasó de ser un reino absolutista a convertirse en una república moderna, atravesando revoluciones, imperios, guerras y transformaciones sociales que marcaron profundamente la historia europea y mundial.

Durante los siglos XVIII y XIX, la lanza se mantuvo como un arma característica de la caballería francesa; especialmente, en los regimientos de húsares y ulanos. Aunque el desarrollo de las armas de fuego relegó progresivamente las armas blancas en los ejércitos europeos, la lanza siguió siendo valorada por su poder en cargas rápidas y por la fuerza psicológica que ejercía sobre el enemigo en el campo de batalla. En el siglo XVIII, bajo los reinados de Luis XV y Luis XVI, la caballería pesada francesa empleaba la lanza como complemento de la espada, aunque su uso fue limitado frente al predominio del sable y la pistola de chispa. Sin embargo, la influencia de tradiciones militares extranjeras —especialmente, de los lanceros polacos y austrohúngaros— reintrodujo y revitalizó su uso en las unidades francesas (Lynn, 1996).

Fue con Napoleón Bonaparte, a inicios del siglo XIX, cuando la lanza recuperó un lugar destacado en el ejército francés. Los célebres *Cheveau-légers lanciers* polacos de la Guardia Imperial, integrados tras 1807, demostraron la eficacia de la lanza en las campañas napoleónicas, como en Wagram (1809) y Borodínó (1812). La lanza ofrecía mayor alcance que el sable y permitía romper formaciones enemigas con una carga coordinada; especialmente, contra caballería ligera o infantería desorganizada. Estos éxitos llevaron a que Napoleón extendiera la formación de regimientos de lanceros franceses, los conocidos *Lanciers rouges* y los *Lanciers bleus*, que se convirtieron en símbolos de la caballería imperial (Haythornthwaite, 1995).

En la segunda mitad del siglo XIX, durante el Segundo Imperio de Napoleón III, la caballería francesa mantuvo unidades de lanceros como parte de su fuerza regular. Aunque las guerras modernas, como la de Crimea (1853-1856) y la franco-prusiana (1870-1871), mostraron la creciente superioridad del armamento de fuego sobre la caballería tradicional, la lanza conservó un rol simbólico y ceremonial, además de seguir utilizándose en choques de caballería y persecuciones.

No obstante, su efectividad en combate directo disminuyó frente a la potencia de fusiles de repetición y ametralladoras, lo que marcó el declive definitivo de la lanza como arma de guerra en Europa (Esdaile, 2007).

### *Los lanceros en la independencia de Colombia*

Durante la guerra de Independencia en la Nueva Granada (1810-1819), la lanza se convirtió en una de las armas más representativas y efectivas de los ejércitos patriotas y realistas; especialmente, en los Llanos. La geografía, marcada por vastas planicies y terrenos abiertos, favoreció el uso de la caballería ligera, en la cual la lanza ofrecía ventajas tácticas considerables frente a fusiles de baja cadencia y artillería pesada difícil de movilizar en esas condiciones. A diferencia de los ejércitos europeos, que ya estaban en transición hacia el predominio de las armas de fuego, en la Nueva Granada la escasez de recursos obligó a recurrir a herramientas simples, accesibles y fáciles de fabricar; entre ellas, la lanza (Lynch, 2010).

La batalla del Pantano de Vargas, librada el 25 de julio de 1819, fue el episodio más representativo del papel de los lanceros. Esta batalla formó parte de la Campaña Libertadora dirigida por Simón Bolívar, cuyo objetivo era expulsar a las fuerzas realistas del altiplano cundiboyacense. Durante gran parte del enfrentamiento, los patriotas estuvieron en una posición desfavorable: el ejército realista, bajo el mando de José María Barreiro, había logrado contener y desgastar a las tropas independentistas. Ante esta crítica situación, Bolívar recurrió a una de sus fuerzas más valiosas: los lanceros llaneros, dirigidos por el coronel Juan José Rondón (Bushnell, 1993).

El episodio más célebre ocurrió cuando Bolívar, viendo el desorden y la falta de moral en sus filas, exclamó: "¡Coronel, ¡salve usted la patria!". Rondón, acompañado apenas de catorce lanceros, lanzó una carga fulminante contra las posiciones realistas. Armados tan solo con sus lanzas y montados en caballos criollos, estos hombres irrumpieron con tal ímpetu que lograron desorganizar una línea realista que parecía impenetrable. La lanza, por su longitud y capacidad de perforación, permitió a los jinetes atacar con ventaja tanto a caballería enemiga como a infantería dispersa. El impacto psicológico de la carga fue tan fuerte que los realistas se replegaron, lo que dio tiempo a los refuerzos patriotas para reorganizarse y contraatacar (Bushnell, 1993; Earle, 2007).

Este acto heroico, conocido como la "carga de los catorce lanceros", se convirtió en un punto de inflexión. No solo salvó de la derrota al ejército patriota, sino que transformó el desarrollo de la campaña: la victoria en el Pantano de Vargas

permitió a Bolívar mantener la ofensiva y, semanas después, asegurar el triunfo definitivo en la batalla de Boyacá (7 de agosto de 1819). En este sentido, la lanza se consolidó no solo como un arma estratégica eficaz, sino también como un símbolo del ingenio y la valentía que marcaron la lucha por la independencia (Earle, 2007; Lynch, 2010).

Desde los albores de la historia, los lanceros han sido una pieza fundamental en todos los ejércitos, al representar no solo la fuerza y la disciplina, sino también la valentía y el sacrificio en su máxima expresión. Han sido la defensa frente a la caballería enemiga, a las tropas blindadas y a la infantería descubierta, siempre dispuestos a sostener la línea, a proteger a sus compañeros y a garantizar que la estrategia del ejército se cumpla. Su heroísmo ha marcado la diferencia entre la victoria y la derrota, y su disposición a entregar la vida por la causa ha sido ejemplo de honor y compromiso.

En la Escuela de Lanceros, este legado trasciende generaciones. No se trata solo de rememorar a los mártires de nuestra independencia, sino de honrar miles de años de historia militar, en los que hombres y mujeres, con una lealtad inquebrantable, un valor indomable y un sacrificio absoluto, entregaron su vida por la misión y la institución que representaban. Cada lancero moderno lleva consigo esa herencia, no a través del acero o la madera de una lanza, sino a través de los principios que han guiado a los soldados a lo largo de la historia: el deber, la disciplina, la valentía y la fidelidad a la causa.

Ser lancero no es portar un arma; es portar un espíritu. Es continuar una tradición de sacrificio y coraje que ha forjado el destino de naciones. Es entender que la verdadera fuerza no radica en la lanza, sino en la convicción de defender lo justo, de proteger a los compañeros y de honrar la memoria de quienes, siglos atrás, dieron su vida para que otros pudieran vivir y triunfar. Hoy, cada paso de un lancero moderno reafirma cómo, aunque los tiempos cambien y las armas evolucionen, el espíritu del guerrero permanece intacto, inmortal, y siempre dispuesto a servir con honor y lealtad.

### *De símbolo a doctrina: ¿Por qué "Lancero" como nombre de la Escuela de guerra irregular?*

El nombre de "lanceros" tuvo como inspiración a los *Rangers*, los cuales se remontan a la época colonial en Norteamérica, cuando los colonos ingleses, enfrentados a conflictos tanto con pueblos indígenas como con fuerzas francesas, vieron la necesidad de crear unidades de combate ligeras, adaptables y con profundo

conocimiento del terreno. Estas primeras formaciones aparecen en el contexto de la guerra del Rey Felipe (1675-1676), donde su función principal era realizar tareas de exploración, emboscadas y acciones rápidas en entornos boscosos que no favorecían a la infantería tradicional europea (Church, 2013). El término *Ranger* se consolidó en el siglo XVIII con los famosos *Rogers' Rangers*, liderados por Robert Rogers durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), quienes introdujeron tácticas irregulares como la infiltración, la movilidad en pequeños destacamentos y el reconocimiento profundo en territorio enemigo (Rogers, 2008). Los *Rangers*, según Hernández, fueron voluntarios que prestaron un servicio a la patria en la lucha por la independencia de Estados Unidos de Inglaterra, a finales del siglo XVIII.

La Escuela de Lanceros, además de este gran ejemplo para seguir, también basó su nombre para formar una conexión con los héroes de la Independencia. Los lanceros fueron tropas fundamentales en la campaña libertadora, caracterizadas por su movilidad, disciplina y valentía en combate; especialmente, en acciones decisivas como la batalla del Pantano de Vargas (1819), donde la famosa carga de los catorce lanceros del coronel Juan José Rondón logró cambiar el rumbo de la contienda y abrió el camino a la victoria definitiva en Boyacá (Ministerio de Defensa Nacional, 2010).

La historia de la Escuela de Lanceros comenzó en el gobierno del excelentísimo presidente Rojas Pinilla, con el fin de crear una unidad de elite que fuera un ejemplo para los demás ejércitos a nivel mundial. Así, el 9 de diciembre de 1955 se instituyó la Escuela de Lanceros. Para crearla, se tomó como ejemplo a la Escuela de Rangers del Ejército de Estados Unidos, fundada oficialmente en septiembre de 1951, como un departamento adjunto de la Escuela de Infantería Estadounidense, en Fort Benning, Georgia (Hernández, 2006). Los rangers, tuvieron un papel activo en la guerra de Corea como una fuerza de elite, en operaciones de infiltración tras las líneas enemigas, hostigamientos en forma de guerrillas, sabotaje y golpes de mano.

A fin de adquirir los conocimientos militares, en febrero de 1955, el Ejército de Colombia destinó a cinco oficiales para que adelantaran el Curso de Rangers. Tras su regreso, contaron con la asesoría del condecorado *ranger* capitán Ralph Puckett, del Ejército de Estados Unidos, para organizar la nueva escuela colombiana (Hernández, 2006). Según se decía, la nueva unidad colombiana “venía a hacer prácticamente una réplica” de la escuela estadounidense en entrenamiento y procedimientos militares.

En un artículo publicado en 1959 en el órgano oficial de la escuela de infantería estadounidense, la revista *Infantry* se decía que el ejército colombiano había estado:

[...] especialmente interesado en el entrenamiento tipo "Ranger" a causa de los muchos problemas que ha tenido combatiendo la gran cantidad de guerrillas y bandoleros que operaban en las regiones más abruptas de Colombia, Estas bandas irregulares han sido desde hace mucho tiempo una continua amenaza para la paz y seguridad del pueblo colombiano; expertas conocedoras de los caminos en la montaña y la selva, son muy difíciles de descubrir y vencer, y el ejército ha tenido muy poco éxito en su misión de dominarlas. Para obviar esa dificultad fue lógicamente necesario adelantar un entrenamiento específico en este tipo especial de operaciones, y es de qué pequeñas unidades se emplearon para combatir a los antisociales la solución fue evidente: oficiales y suboficiales seleccionados debieron ser entrenados para combatir al enemigo en su propio terreno y usando sus mismos métodos. La Escuela de Lanceros llevó a cabo esta misión y lo hizo muy bien. (Puckett, Galvin, 1959, s. p.)

Como sede de la escuela se escogió la localidad de Nilo (Cundinamarca), por presentar un terreno abrupto ideal para el entrenamiento (Hernández, 2006). El primer curso de lancero se inició el 23 de noviembre de 1955 (Escuela de Lanceros, 1958). El objetivo básico de la instrucción era "lograr el desarrollo máximo de las condiciones y actitudes de mando de los alumnos mediante el entrenamiento orientado sobre la base de conducción de pequeñas patrullas de infantería en toda clase de circunstancias y situaciones difíciles" (Escuela de Lanceros, 1958). Es decir, entrenar a un combatiente de elite dentro de un ejército organizado bajo los preceptos de una fuerza regular (Escuela de Lanceros, 1958). La selección de los alumnos para el curso se efectuaba entre el personal voluntario de oficiales subalternos; es decir, de subteniente a capitán y suboficiales y eventuales soldados. La escuela fue concebida bajo tres principios que favorecieron la consideración de un *esprit de corps* en la unidad, o "mística", como conocida en el medio militar, que buscaba darles prestigio a sus miembros dentro del Ejército. Estos eran: primero, la pérdida del rango militar para los admitidos, que, sin excepción, pasaban a ser simples alumnos; todos debían estar capacitados para tomar el mando en caso de que el comandante fuera "dado de baja" (Escuela de Lanceros, 1958). Segundo, cada aspirante a lancero escogió un compañero de labores, un "Compañero de Lanza" (Escuela de Lanceros, 1958). Un sistema innovador aplicado por primera vez en el Ejército colombiano, que buscaba crear una relación de ayuda mutua entre los combatientes (Escuela de Lanceros, 1958). Es un aspecto que ha sido puesto de relieve por Harries y Moskos para estudiar la construcción de una red de relaciones sociales en las unidades de combate. Ellos plantean que durante la

guerra de Corea el Ejército de Estados Unidos fomentó como una unidad básica de cohesión social la relación entre dos hombres, una especie de contrato social rudimentario que surgía de las inmediatas y mediatas exigencias de vida o muerte (Hernandez, 2006). Esta relación desapareció posteriormente en el Ejército del país del norte, que pasó a ser individualista, pero en el caso de Colombia se conserva hasta hoy, como una herencia militar conocida como un "Lanza" en el argot castrense (Hernández, 2006). La tercera particularidad era un ejercicio de coraje, que consistía en arrojarse al río Sumapaz (Melgar), con el objeto de probar la seguridad y el instinto de conservación del alumno tras ser hostigado por supuestas fuerzas guerrilleras enemigas (Hernández, 2006). La instrucción tenía una duración de doce semanas, divididas en cuatro fases. La primera duraba seis semanas, y tenía como fin acondicionar físicamente al alumno, mediante ejercicios de gimnasia militar estadounidense, esgrima con bayoneta, defensa personal, supervivencia y natación, además de reinscribirlo en materias militares como: lecturas de cartas aerofotográficas, don de mando, explosivos, inteligencia y táctica. La segunda fase tenía una duración de dos y media semanas, y era destinada a la práctica de patrullaje en terreno plano y selvático. Se realizaban ocho misiones diferentes, centradas en combates contraguerrilleros siguiendo la experiencia colombiana en orden público y lucha contra los bandoleros. En esta se reiteraba que era mejor un combate con pocos hombres bien entrenados que uno con muchos, pero sin los conocimientos adecuados (Escuela de Lanceros, 1958). La tercera fase es la encargada de instruir al candidato a lancero en la conducción de patrullas en un terreno montañoso como el colombiano, a la aplicación de técnicas y tácticas para evitar emboscadas y, al mismo tiempo, para tener capacidad de realizarlas. La duración era de dos y media semanas, y en esta se probaba la competencia del combatiente asignándole la misión de destruir un objetivo enemigo bajo persecución real y munición de fogeo (Escuela de Lanceros, 1958). Terminaba su entrenamiento lanzándose al río Sumapaz con equipos de combate y botas. La cuarta fase, de una semana, era de evaluación. Los alumnos debían haber demostrado que eran capaces de comandar un pelotón, una escuadra o una patrulla, y que tenían la suficiente capacidad para soportar diferentes adversidades alejadas de las propias tropas. Finalmente, se preparaba la clausura del curso.

Después de graduados los primeros lanceros, el Ejército colombiano inició una campaña que buscaba mostrar la idoneidad que habían obtenido los egresados de la escuela para llevar a cabo operaciones consideradas imposibles de ejecutar por parte de las tropas nacionales, como la emboscada (Escuela de

Lanceros, 1958). De esta manera, el curso alcanzó un alto grado de prestigio entre los miembros de la institución militar. Las solicitudes de ingreso desbordaron la capacidad de la escuela, que graduaba cada año a 200 comandantes de pequeñas unidades (Escuela de Lanceros, 1958). En el Escalafón de Oficiales del Ejército de 1959 aparecían registrados los primeros oficiales colombianos con la especialidad de Lancero; estos eran tres mayores, un capitán, 102 tenientes y 6 subtenientes (Escuela de Lanceros, 1958). Todos eran oficiales subalternos

Respecto a la efectividad militar de estos nuevos especialistas, se pudo plantear que llenaron las expectativas de los altos mandos nacionales, pues con la organización, en 1958, de una unidad móvil de combate denominada Grupo de Lanceros, se le dio la suficiente responsabilidad a la Escuela para que organizara y participara con unidades mayores en combate real, y no solo en labores de instrucción. En 1959, la Escuela creó las Compañías de Lanceros, concebidas como unas organizaciones más ágiles y flexibles dentro del Ejército Nacional, que, según la Escuela de Lanceros, permitieron éxitos sucesivos. Esas compañías actuaron agregadas a diferentes unidades operativas y brigadas, y tenían como fin único desarrollar operaciones especiales de restauración del orden público en zonas con presencias guerrilleras (Hernández, 2006).

En la Memoria de Guerra de 1960 se señala el importante papel que cumplieron los lanceros en la reducción de los focos de violencia, desde el momento en que fueron agregadas para brindar apoyo a las brigadas (Pardo, 1960); especialmente, en aquellas áreas donde el enemigo fue más activo y agresivo (Escuela de Lanceros, 1958). De este modo, los lanceros se convirtieron en los pioneros de la lucha antisubversiva en el medio colombiano, y cimentaron así bases que aún están presentes en las tropas colombianas derivadas del modelo estadounidense.

## Referencias

- Ágoston, G. (2009). *Guns for the Sultan: Military power and the weapons industry in the Ottoman Empire*. Cambridge University Press.
- Ágoston, G., & Masters, B. (2009). *Encyclopedia of the Ottoman Empire*. Facts On File.
- Alfonso León Atehortúa Cruz, & Vélez Ramírez, H. (1994). *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Tercer Mundo Editores; Universidad Javeriana de Cali.
- Allmand, C. (1988). *The Hundred Years War: England and France at war c.1300-c.1450*. Cambridge University Press.
- Archer, C. I. (2002). *The wars of independence in Spanish America*. Routledge.
- Barbero, A. (2003). *La batalla: Historia de Waterloo*. Crítica.
- Baynes, J. (1972). *The Scottish Regiments*. Leo Cooper.
- Black, J. (2006). *European warfare in a global context, 1660-1815*. Routledge.
- Black, J. (2021). *A short history of war*. Yale University Press.
- Boyd, W. (2006). *The crusades: An illustrated history*. University of Michigan Press.
- Bradbury, J. (1992). *The medieval archer*. Boydell Press.
- Bright, C. (2010). *Military history of antiquity*. Oxford University Press.
- Cartledge, P. (2002). *The Spartans: The world of the warrior-heroes of ancient Greece*. Vintage.
- Castro, J. J. (1939). *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1939*. Imprenta Nacional.
- Chartrand, R. (1993). *Spanish armies of the Napoleonic Wars (2): 1808-1812*. Osprey Publishing.
- Chartrand, R. (1999). *Spanish guerillas in the Peninsular War 1808-14*. Osprey Publishing.
- Chasteen, J. C. (2016). *Born in blood and fire: A concise history of Latin America* (4th ed.). W. W. Norton & Company.
- Cheke, M. (1968). *The story of the Lanceros*. Leo Cooper.
- Clodfelter, M. (2017). *Warfare and armed conflicts: A statistical reference to casualty and other figures, 1500-2000*. McFarland.
- Collins, R. (2012). *Early medieval Europe, 300-1000*. Palgrave Macmillan.
- Cowan, R. (2007). *For freedom and dignity: Historical agency and black struggles for freedom*. University of Illinois Press.
- Díaz, A. (2005). *Historia militar de Colombia*. Planeta.
- Dupuy, T. N., & Dupuy, R. E. (1993). *The Harper Encyclopedia of Military History*. HarperCollins.
- Escuela de Lanceros. (1957). Escuela de Lanceros. *Revista Militar*, 97(411), 23-35.
- Esdaille, C. (2003). *The Peninsular War: A new history*. Palgrave Macmillan.
- Esposito, V. J. (1997). *The West Point Atlas of American Wars*. Praeger.
- Evans, R. J. (2016). *The pursuit of power: Europe 1815-1914*. Penguin Press.
- Ferrill, A. (1985). *The origins of war: From the Stone Age to Alexander the Great*. Thames & Hudson.

- Gabriel, R. A., & Metz, K. S. (1991). *From Sumer to Rome: The military capabilities of ancient armies*. Greenwood Press.
- Goldsworthy, A. (2003). *The complete Roman army*. Thames & Hudson.
- Grant, R. G. (2005). *Battle: A visual journey through 5,000 years of combat*. DK Publishing.
- Halpern, P. (1994). *A naval history of World War I*. Naval Institute Press.
- Herodoto. (2001). *Historias* (C. Schrader, Trad.). Gredos. (Trabajo original publicado en el siglo V a. C.).
- Holmes, R. (2001). *Redcoat: The British soldier in the age of horse and musket*. W. W. Norton & Company.
- Howard, M. (2001). *War in European history*. Oxford University Press.
- Jaramillo, J. (2009). *Historia contemporánea de Colombia: Desde la independencia hasta la actualidad*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Keegan, J. (1993). *A history of warfare*. Vintage.
- Keen, M. (1999). *Medieval warfare: A history*. Oxford University Press.
- Kennedy, P. (1987). *The rise and fall of the great powers*. Random House.
- Londoño, J. C. (2019). *Historia militar de Colombia: De la independencia a la seguridad democrática*. Planeta.
- Lynn, J. A. (2003). *Battle: A history of combat and culture*. Westview Press.
- McNeill, W. H. (1982). *The pursuit of power: Technology, armed force, and society since A.D. 1000*. University of Chicago Press.
- Ministerio de Defensa Nacional. (2010). *Historia del Ejército Nacional de Colombia*. Imprenta Nacional.
- Osprey Publishing. (1992). *Napoleon's Hussars*. Osprey Military.
- Parker, G. (2005). *The military revolution: Military innovation and the rise of the West, 1500-1800* (2nd ed.). Cambridge University Press.
- Parker, G. (2009). *The Cambridge illustrated history of warfare*. Cambridge University Press.
- Preston, R. A., Wise, S. F., & Werner, H. (1993). *Men in arms: A history of warfare and its interrelationships with Western society* (5th ed.). Harcourt Brace.
- Rance, P. (2004). Greek military service in the Roman Empire. In P. Erdkamp (Ed.), *A companion to the Roman army* (pp. 180-197). Blackwell.
- Rodríguez Hernández, D. (2006). Escuela de Lanceros: Una historia de valor y sacrificio. *Revista del Ejército*, 72(3), 45-60.
- Rogers, C. J. (1995). *The Oxford encyclopedia of medieval warfare and military technology*. Oxford University Press.
- Runciman, S. (1951). *A history of the Crusades*. Cambridge University Press.
- Sidnell, P. (2006). *Warhorse: Cavalry in ancient warfare*. Hambledon Continuum.
- Spiers, E. M. (1992). *The army and society 1815-1914*. Longman.
- Villamarín Pulido, L. A. (2003). *Lanceros: Escuela de liderazgo y superación*. Intermedio Editores.

Watson, A. (2009). *The evolution of international society: A comparative historical analysis*.  
Routledge.

Wise, T. (1976). *The army of Frederick the Great*. Osprey Publishing.